VADO DIFÍCIL

COMEDIA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

Hipólito González Rebollar.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1907

VADO DIFÍCIL

COMEDIA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

Hipólito González Rebollar.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
2504

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1907

PERSONAJES

PURA, veintiún años.
IGNACIA, mujer de LUCIANO, treinta y siete años.
CONCHITA, hija de IGNACIA y LUCIANO, diez y siete años.
ASUNCIÓN, mujer de FERMÍN, cincuenta y seis años.
DOÑA CARMEN DE ALTERRA, cincuenta y cuatro años.
DOLORES HEREDIA, hermana de PEPE, veintiún años.
DOÑA EULALIA, tía de IGNACIA, sesenta años.
DOÑA RITA SANTANA, cuarenta años.
ELENITA, hija de DOÑA RITA, diez y ocho años.
ANTONIA, criada.
Otra criada.
LUCIANO, treinta y nueve años.
PEPE HEREDIA, veintisiete años.
RAMÓN, veintiséis años.
EL MARQUÉS DE MORENTA, D. RAFAEL, cuarenta y ocho años.
D. FERMÍN GUTIÉRREZ, abogado, cincuenta y nueve años.
DON SEBASTIÁN TORRES, cuarenta y cinco años.
EL CANÓNIGO, DON ROSENDO, cincuenta y cinco años.
RICARDITO, veinticuatro años.
EL MÉDICO, treinta años.
DON RUFINO, procurador.

La acción en Navaleda, villa de importancia, cabeza de partido judicial.

NOTA.—En la representación, y por abreviar, pueden suprimirse los párrafos comprendidos entre los signos ⁂, según se anota también en las páginas respectivas.

ACTO PRIMERO

Comedor grande amueblado con el gusto y las comodidades propias de una casa antigua habitada por su dueña, rica heredera. En el centro, gran mesa á medio arreglar para una cena de convidados; en el ángulo del fondo izquierda, puerta de entrada cerrada por un portier; al fondo derecha, ventanillo para el servicio. Derecha, primer término, puerta de habitaciones; segundo, otra que da á la cocina y dependencias. Izquierda, balcones abiertos.

ESCENA I

PURA y ANTONIA, acabando de arreglar la mesa, luego LUCIANO.

LUC. (Entrando.) ¿Están avisados todos los señores?

PURA. Todos, señorito.

LUC. ¿Quién viene?

PURA. En la lista que nos dió la señora figuran: (sacándola del bolsillo del delantal y mirando) el señor Marqués, el señor canónigo, don Fermín el abogado, con su señora, el médico, los señoritos Pepe y Dolores Heredia, doña Carmen, doña Rita Santana, con su niña, don Rufino el procurador, el señorito Ricardo y doña Eulalia, la tía de la señora.

LUC. ¿Hay sitio para todos?

PURA. El doctor, doña Rita y la señorita Dolores anunciaron su propósito de llegar á la hora del te.

LUC. ¿Han venido algunos?

PURA. Sí, señor; en la sala grande reciben la señora y la señorita.

LUC. ¿Falta mucho?

721146

PURA. La cena está dispuesta; sólo nos falta adornar la mesa.

LUC. Avisen... (En todo el diálogo afecta la indiferencia elegante del señor que habla con la sirviente; pero se nota en él un interés afectuoso por Pura, sin disimulo hipócrita. Mutis, mirándola con cierta emoción exenta de torpe deseo. Márquese la mirada á la flor que lleva Pura en el pecho.)

ESCENA II

PURA, ANTONIA.

ANT. Entra y sale muchas veces el señorito.

PURA. Le gusta inspeccionar para que no falte detalle.

ANT. Antes no era de esa condición... (Mirando á Pura y como escudriñando.) ¿Qué deja para las mujeres?

PURA. (Afectando indiferencia.) Bueno; allá él... poco nos molesta.

ANT. (Pequeña pausa.) ¿Vas á servir á la mesa con esa flor tan mustia que llevas en el pecho?

PURA. No, buscaré otra cuando me arregle... Llévala. (Se la da.)

ANT. (Colocando la flor en un extremo del mármol del aparador.) Luego recogeremos todo lo que estorba. Y dí, Purita, ¿dónde se coloca esto? (Una corbeille con flores.)

PURA. En el centro, tonta; ahora no se llevan floreros; estorban á la vista. (Sigue la faena.)

ANT. Es bonito... ¿y cómo se llama?

PURA. «Corbeille»... (En correcta pronunciación francesa) Regalo del señor Marqués. Al regresar de la corte, nunca se le olvida el obsequio para la señora.

ANT. ¿Ha recibido muchos?... ¡Como á ti te lo enseñan todo!...

PURA. Sí, verás: de la señorita de Heredia un portamonedas muy lindo...

ANT. ¿Pero no es prima tuya esa señorita?

PURA. (Evitando esa conversación.) No importa... De doña Carmen de Alterra, un estuche con esencias para el tocador; de doña Rita Santana, un cuadrito representando una escena campestre; del

canónigo, un devocionario; unas figuritas de bronce del señorito Pepe...

ANT. Tu primo.

PURA. Tres ó cuatro abanicos de no sé quién... y, por último, de ese aprendiz de poeta, don Ricardito, un ejemplar de sus nuevas poesías, con una dedicatoria muy empalagosa.

ANT. Al señorito nada le regalan.

PURA. No; ni se sabe cuando cumple años.

ANT. Hija mía; quien manda... manda.

PURA. ¡La dueña de la casa!

ANT. Eso, la dueña, la heredera; sólo para ella hay aquí fiestas ono... ono... plásticas; ¿no se dice así?

PURA. Onomástica, mujer. Si no tuvieses ese afán de repetir vocablos que no te cuadran...

ANT. ¡Claro! como que aquí nadie puede hablar delante de la señorita. (Por Pura, con cierta ironía.)

PURA. No digas tonterías.

ANT. Bueno; que le compadeces... ¡Cuidado con la compasión, Purita! (Con intención.)

PURA. Ea; voy á arreglarme para servir á la mesa. (Sale.)

ESCENA III

ANTONIA ultimando detalles de la mesa, luego LUCIANO.

LUC. (Entrando.) ¿Qué falta?

ANT. Nada, señorito; recoger lo que estorba por aquí.

LUC. ¿Se han acordado ustedes de los cigarros?

ANT. ¡Ah! No, señor; voy corriendo... (Sale.)

LUC. (Ve la flor que Pura se quitó del pecho y la coge.) Esta es la flor que llevaba... (La besa y hace ademán de guardarla; luego se detiene, reflexiona y dice, colocándola distraídamente al otro extremo del mármol) No... (La mira de nuevo, observa en derredor y vuelve á besarla, diciendo quedo) ¡Ah... Pura!...

ESCENA IV

PURA, LUCIANO, al final ANTONIA.

PURA. ¿Me llamaba el señorito?

LUC. (Mirándola con emoción.) No... no. (Va hacia la puerta y vuelve. Pura queda un momento pensativa mirando á la flor y como reparando en el cambio de sitio.) Oiga usted... Pura... (Se acerca con emoción grande y ademán respetuoso.) No sé... si la he llamado... Algo tengo que decirle... no sé qué... ¡Ah! sí... ¿Ha reflexionado usted lo que hablamos, hace pocos días, en una ocasión como ésta?...

PURA. Señorito... (También con emoción y cierta timidez.)

LUC. No me diga usted «señorito»...; me ofende...; me avergüenza... ¡Una mujer como usted!... Ignacia no comprende... Pero yo... no puedo consentir...

PURA. No me parece correcto (perdóneme el señor esta frase; la digo por mí) cambiar según las circunstancias...

LUC. Consienta usted ese secreto entre nosotros; no he de pedirle más: llámeme usted Luciano, como su posición, sus relaciones con mi familia, la hubiesen obligado en otro tiempo...

PURA. Señor, bien sabe que he preferido la humillación... el trabajo... á toda violencia sobre mis sentimientos...

LUC. Rehusó valerosamente las ficciones á que, por no descender de su rango, se hubiera entregado cualquiera otra...

PURA. Odio la mentira... el disimulo...

LUC. Tal vez me compadece... por eso mismo.

PURA. Usted no disimula; desprecia lo pequeño... mira desde arriba.

LUC. (Con espontáneo impulso de íntima satisfacción.) ¡Oh!... ha comprendido...

PURA. (Turbada.) ¡Ah! No, no... ¿qué he dicho?

LUC. Basta, Pura; yo lo diré todo... Confíe usted en el caballero... en el amigo.

PURA. (Repuesta y decidida.) Confío.

LUC. Amo á mi esposa; no se olvida el amor de la que es madre de mi hija. Esto y no otra causa me hace tolerante con los defectos de Ignacia...; tolerante, no resignado... Nuestra idealidad se agita en mundos diferentes;. . por eso no llegan hasta mí las que el vulgo considera como sus ofensas; el amor se cierne sobre nuestras distanciadas idealidades.

PURA. ¡Alma sublime... corazón hidalgo!

LUC. Pero es una necesidad intensa de nuestras almas, de la de usted y de la mía,... que haya algo de común entre nosotros: algo invisible, místico..., espiritual... que se funde á distancia...

PURA. (Alargándole la mano.) Basta, Luciano.

LUC. (Interrogando también con mirada ansiosa.) ¿Basta?

PURA. (Hace un signo afirmativo con exquisita delicadeza.) Preguntaba usted si he reflexionado... y divagamos...

LUC. (Pausa, procurando dominar su emoción.) Es verdad... Aún no me ha dicho usted si, al aceptar los obsequios de ese Ramón que la corteja, procedió con libertad, con elección consciente, ó más bien cediendo á la exigencia de su inverosímil posición social, ó al consejo de quienes, como mi mujer, favorecen esos proyectos.

PURA. Hace un momento se iluminó mi inteligencia y vi claro yo también en este abismo... Paréceme que algunas almas ostentamos una doble personalidad que explica cosas inexplicables.

LUC. Aun así, no es fácil darse cuenta .. Desprecia usted, después de algunos años de relaciones, á su opulento primo Pepe Heredia; prefiere humillarse á la condición de sirvienta, que (aunque en esta casa, donde se le guarda toda la consideración que corresponde á lo que usted ha sido... á lo que es) representa, con todo, un sacrificio enorme...; y demuestra que no es aversión al matrimonio lo que la induce, cuando acepta los requiebros de un oscuro trabajador, que tiene la osadía...

PURA. Es de mi clase... No hay humillación en mí, ni en él osadía. . Riqueza y poder que se perdieron, ya no se cotizan...

LUC. Pero su primo continúa adorándola y dispuesto á devolverla al rango de la perdida posición, abrillantada con un título que ha de heredar. Acaso la resistencia de usted, en esta ocasión, es un obstáculo á los elevados designios de la justicia.

PURA. ¿Es que aboga usted por mi primo? (Con mezcla de enojo y extrañeza.)

LUC. ¡Líbreme Dios!... Ni por él, ni por nadie... Mas reconozco en mí el deber de ofrecerle el contraste de otras sugestiones... (Con triste resignación) ya que... al cabo... ha de ser... Pienso en aquella doble personalidad...

PURA. Pues yo digo que... mi primo... jamás...

LUC. Y yo admiro y acato esa palabra. (Aparece Antonia á la puerta derec a segundo término y se detiene con gesto de extrañeza. Luciano al verla) ¿Han llegado todos los señores?

ANT. Creo que no, señor. La señorita Concha le buscaba.

LUC. ¿Á mí?

ANT. Sí, señorito.

LUC. Voy, voy. (Sale por la derecha primer término.)

ESCENA V

PURA, ANTONIA.

ANT. (Coloca los cigarros que trae en una bandeja.) ¿No te arreglas?

PURA. (Saliendo de su abstracción.) ¡Ah!... sí; había dejado olvidado esto. (Cualquier objeto ó adorno: pulsera, sortija ó cosa semejante que se había quitado para la faena.) Al volver, creí que me llamaban...

ANT. ¿Quién?

PURA. El... (algo turbada) el señorito.

ANT. Pero... ¿no te llamó?

PURA. (Vacilando.) Sí... no... sé. . Voy á vestirme.

ANT. De vuelta, puedes avisar que la señora está servida. (Sale Pura, Antonia sigue recogiendo en una bandeja los objetos que sobran; al coger la flor) ¡Ah! la flor... juraría haberla colocado aquí. (Señalando al otro extremo del mármol. Sale con la bandeja y objetos.)

ESCENA VI

CONCHITA, ASUNCIÓN, FERMÍN, el MARQUÉS.

CONCHA asoma levantando el portier para que pasen los otros.

CONCH. (Cuando acaban de entrar los indicados.) ¿No vienen los demás señores?... ¿y mamá...?

FERMÍN. Sostenía una conversación muy animada con su tía Eulalia, con doña Carmen y el canónigo. No tardará...

MARQ. ¿Y tu papá, Conchita?

CONCH. (Desde la misma puerta.) Por allá dentro. Voy á dar á todos prisa. (Sale.)

ESCENA VII

DICHOS, menos CONCHITA.

ASUNCIÓN se sienta en butaca ó sofá; los caballeros permanecen en pie y se mueven por la escena.

MARQ. (Observando la mesa.) Todo revela aquí distinción... buen gusto.

ASUNC. El de Pura... ¡tener una sirvienta educada para gran señora...!

FERMÍN. Noche de recuerdos en esta casa; hace muchos años que se celebra del mismo modo. (Toma la minuta de la mesa y la examina con visible fruición.)

ASUNC. El difunto padre de Ignacia llevaba el mismo nombre que su heredera; en sus tiempos no faltó jamás esta cena de íntimos.

MARQ. (Pausa.) Y dígame, Asunción, usted que frecuenta la casa, usted que sabe observar... ¿A qué altura se encuentran ahora... (Se interrumpe indeciso.)

ASUNC. Ya... ya le comprendo.

MARQ. Quiero decir... las relaciones de... afecto... de sincero cariño, en este matrimonio.

ASUNC. Entendido, Marqués, entendido: la preguntita que hace usted en todos sus viajes; aunque no recuerdo habérsela oído formular nunca tan en crudo.

MARQ. Es que yo abordo siempre ese asunto con respeto... con temor... así como quien se acerca de puntillas al lecho del convaleciente...

ASUNC. Mucho le interesa, amigo Rafael.

MARQ. ¿Qué quiere usted..? por una sola vez en mi vida, me he metido á... no sé cómo decirlo.

FERMÍN. Concertador de amasijos matrimoniales... casamentero, vaya... Mal oficio, Marqués.

MARQ. Detestable... Me atribuyo cierta responsabilidad en el tormento de Luciano... Es mi pesadilla... pero ¡quién sabe!... (Á Asunción.) Vuelvo á mi pregunta.

FERMÍN. Todo marcha bien... se salvan los principios... las buenas formas...

MARQ. Para ustedes, los abogados, todo marcha como una seda, mientras no entra en juego el papel sellado. No ven ustedes más conflictos que los que llegan al olfato de la curia.

FERMÍN. Y basta, basta; ¿para qué quiere usted que hagamos malas digestiones? Si nos metiéramos en otras profundidades ¿quien viviría tranquilo?

MARQ. La tranquilidad es el mayor enemigo, querido Fermín.

FERMÍN. Tonterías de pensadores modernistas, de esos que ahora pretenden trastornar el mundo con cuatro frasecitas audaces...

ESCENA VIII

Dichos, D.ª CARMEN.

CARM. Eh! ¿qué frasecitas son esas?.. ya saben que nada me asusta.

FERMÍN. Cosas de este Marqués; se empeña en ponernos tristes... ¿Qué se dice por el salón?

CARM. Nada; doña Eulalia y el canónigo le sacan los colores á Ignacia...

MARQ. ¿Y qué dice ella... qué dice?

CARM. Está desconocida: suave... humilde...

MARQ. Detestable fué su educación; pero, en el fondo... es buena.

ASUNC. Bondad de beaterio, que consiste en rellenar de fórmulas el vacío de sentimientos...

CARM. Sus padres sólo pensaron en hacer para ella el mejor patrimonio de la comarca.

ASUNC. Para que humillase á todas... Lo demás ¿qué importaba?

CARM. Así pudo satisfacer el último capricho.

MARQ. ¡Luciano! ¡La admiración de toda España, la actualidad sugestiva de aquellos días; casi un niño, y triunfador, porvenir envidiable!...

ASUN. A mí me toca llorar el muerto ideal de aquellos triunfos.

FERMÍN. Y todo quedó reducido á... una plaza más en la clase de consortes.

MARQ. La más activa de todas las clases... pasivas.

ASUNC. Somos injustos en achacar á ciertas mujeres todas las desastrosas caídas de los hombres. Las honradas hacen también sus víctimas...

ESCENA IX

Dichos, LUCIANO.

LUC. (Entra con un periódico.) ¡La crisis!... ¿No la esperaban con ansiedad en la Villa?

CARM. Sí; la familia de nuestro personaje...

LUC. Pues ahí la tienen; (mostrando el periódico) acaba de llegar el correo.

ASUNC. ¡Qué emociones en aquella casa...!

CARM. ¡Calculen ustedes...! ¡Como que esta vez tienen por segura la cartera...!

ASUNC. El sueño de cuarenta años.

FERMÍN. No le faltan condiciones á don Fulgencio.

LUC. ¡Para cualquier Ministerio!... ¡La misma preparación para todos!... (Ironía.)

MARQ. (En igual tono.) La misma.

FERMÍN. (Con énfasis.) ¡Es abogado!

LUC. Precisamente, lo que necesita España: ¡un abogadito más!...

FERMÍN. No debemos esperar á Ricardito, ¡con esas noticias!

LUC. Avisaría, si no pudiese venir.

MARQ. Menos que nunca faltará esta noche... ¡Pues digo... si estará interesante!... ¡tan joven, y ya nieto de un ministro... probable!

ASUNC. (Á Luciano.) Hoy ablanda el corazón de tu hija.

CARM. ¿Dónde anda esa Conchita? Aún no la he visto.

LUC. Me espera en el jardín. Estamos resolviendo entre los dos otra crisis...

ESCENA X

Dichos menos LUCIANO.

CARM. La de su propia casa, sin duda.

FERMÍN. Hoy soplan vientos de concordia: el padre y la niña por un lado; por otro, Ignacia y sus consejeros.

MARQ. Y nosotros; y todos; es un deber... ¡Esa vida desquiciada!...

CARM. Y sin motivos serios; por veleidades del temperamento...

MARQ. Confieso á ustedes que la causa de mis frecuentes viajes á Navaleda es la obsesión de ese matrimonio, único que alenté en mi vida.

ASUNC. Usted procedió en aquella ocasión llevado del mejor deseo.

CARM. Como yo misma. La verdad es que Ignacia se ofrecía como el mejor partido para un hombre de las necesidades espirituales de Luciano: sola en el mundo, sin lazos... é inmensamente rica...

FERMÍN. No hay para tanto lamentar. Luciano lo toma con más calma: vive en un medio inadecuado... pero vive... ¡y qué!... uno de tantos...

ASUNC. (Al Marqués.) ¡A qué llaman vivir los que, entre códigos y pleitos, formaron el concepto de la vida...!

FERMÍN. (Á Asunción.) Sí; ya sé que ahondan más tus novelas.

MARQ. No dude usted que muchas han retratado al hombre mejor que los textos del *Corpus juris*...

FERMÍN. Bueno, señores; no me gusta mezclarme en la vida privada... Si hay que formular alguna demanda de divorcio, cuenten conmigo. De ahí para adelante, yo; de ahí para atrás, ustedes (saliendo.) No soy ducho en eso de los matices del misterio... *nuances*, *etc.*, *etc.*

ESCENA XI

Dichos menos FERMÍN.

MARQ. ¡Y esos gobiernan el mundo! (Por Fermín.)

CARM. Así va el mundo, Marqués.

ASUNC. Seamos indulgentes con mi marido. Vive sin grandes preocupaciones, feliz en su optimismo...; pero es de los buenos...

MARQ. Y de los pocos... ¡quién lo duda! Todo lo contrario de esos malvados que cantan himnos al *statu quo*, para gozar, ó porque gozan de sus provechos.

CARM. ¡Lástima de un marido así para Ignacia!

ASUNC. Reñirían de todos modos. Ella no será nunca capaz de ceder en lo que toca á sus fueros de dueña y señora de esta casa.

MARQ. Y Fermín sabe sobradamente que el Código otorga al marido la administración y no sé cuántos más derechos...

CARM. Que Luciano tiene perfectamente olvidados.

MARQ. (Á Asunción después de una pausa.) Recuerdo bien que cuando doña Carmen y yo mirábamos con tan marcada simpatía su matrimonio con Ignacia, me dijo usted en cierta ocasión: «Cuidado, Marqués, que no conocen ustedes bien el terreno»... Pedí explicaciones y no tuve la fortuna...

ASUNC. Era un aviso á sus prudentes cálculos. Nada más podía decir... Mi situación en aquel asunto era muy delicada.

MARQ. Aquella frase...

ASUNC. Tal vez, sin yo quererlo, me la arrancó la íntima persuasión de que Luciano no lograría jamás hacer de Ignacia lo que antes había hecho de mi pobre Margarita. (La interrumpen algunas lágrimas.)

MARQ. Perdón; no debí evocar recuerdos...

ASUNC. ⁕ (1) No; ¡si no me atormenta!... ¡Si este dolor inextinguible constituye mi único recreo!... ¡Era tan feliz mi Margarita!... ¡Qué distinta también la vida de Luciano!... Yo me complacía en observar cómo, á su lado, se iba engrandeciendo el alma de mi hija; cómo se formaba en ella una sublime religión de amor y de virtud, exenta de la vulgar cominería que empequeñece nuestros sentimientos... Yo confiaba, sin ridículos temores, el cultivo de su alma al hombre que, antes de hacerla suya, se había propuesto educarla para la verdadera dicha.

CARM. Compartió con usted la maternidad espiritual...

ASUNC. La muerte de Margarita le desquició... Le vi como un idiota... sin energías... sin alma... En tal oportunidad apareció la razón de estado...

MARQ. Representada por nosotros... ¿no es eso?

ASUNC. La intención generosa les absuelve.

CARM. Creíamos á Ignacia capaz de mayor elevación moral...Ese fué el error...

MARQ. En fin, le casamos... y usted le dió por muerto... para siempre.

ASUNC. ¡Ah! no, Marqués; los que no vuelven son los que se separan de nosotros por unas paletadas de tierra...

CARM. Pero el primer amor es insustituible.

ASUNC. No me ciega el cariño de madre hasta creer en ese idilio... póstumo.

MARQ. En efecto, la vida se encarga de hacerlo inverosímil.

ASUNC. Creo, sí, en el único amor de las almas que miran hacia arriba; pero no puedo menos de admitir diversidad en sus encarnaciones. Eso del llanto perpetuo sobre una tumba cubierta de pálidas flores, no pasa de ser un sueño del romanticismo.

---

(1) Desde aquí hasta el fin de la escena puede suprimirse en la representación.

MARQ. Sí; la vida llama á los vivos, con el acicate de la pasión, ó con misteriosos efluvios de idealidad sentimental, que emanan de la vida misma.

CARM. De modo que Luciano...

ASUNC. No es tan grande su soledad como inducen á pensar las apariencias.

MARQ. Querida Asunción, aviva usted por momentos nuestro interés, y no acertamos .. al menos yo no acierto á comprender...

ASUNC. Hay efluvios del alma que son imperceptibles en el denso ambiente de nuestra vulgaridad, como hay perfumes de flor, tan delicados, que sólo se difunden en el éter.

MARQ. Con supremo deleite la escuchamos; pero permítame una prosaica llamada al terreno de la realidad.

ASUNC. Estoy en ella. ¿Por qué no ha de existir otra realidad que la de nuestras miserias?

MARQ. Señora, nada tengo que replicar.

ASUNC. Hay sentimientos sin nombre, que no pueden sustraerse á un nimbo de poesía.

MARQ. Usted me obliga á recordarlo... Son quizá los que más nos ennoblecen.

ASUNC. Creería profanar el que adivino en el alma de Luciano, designándole con cualquiera de las usuales frases: amoríos, galanteo, relaciones, *flirt*... y no pensemos en otras.

CARM. Pero, ¡por Dios! Luciano ya es un hombre.

ASUNC. Los hombres necesitan el refugio de un ensueño, acaso con más frecuencia que los niños.

MARQ. Y al nuestro le contempla usted, por lo que vemos, sumergido en ese ensueño de melancolía misteriosa y poética, generador de un afecto de inefable modulación... lejana, que llega al oído como el rumor de un eco apagado...

ASUNC. Sí, sí, Marqués, ésa es la nebulosa...

MARQ. Algo que se desliza sin estrépito de pasión.

ASUNC. Exactamente.

MARQ. Que no quebranta vínculos, ni destruye lazos del artificio social.

ASUNC. Lo que no impide que, por encima de la visible pequeñez de los acontecimientos, se transmitan las almas sus exquisitas emanaciones.

MARQ. Del mismo modo que se fecundan algunas plantas á distancia...

ASUNC. El pino que sueña con la palmera, en el divino *Intermezzo.* (Pausa.)

CARM. Esas cosas, querida Asunción, no se adivinan... Algo de gran interés nos oculta todavía...

MARQ. Confidencias de Luciano, sin duda...

ASUNC. Nunca me ha dicho...

CARM. En ese caso... ¿quién puede interpretar?.:

ASUNC. Yo, que, como una madre, continué velando el sueño de su vida... Ignacia, que, con cruel placer, acecha siempre nuevas maneras de mortificarle...

CARM. ¿Luego Ignacia sabe...? (Con expresión de asombro.)

MARQ. (Señalando la entrada de Ignacia.) Chitón... Ella... ✱

ESCENA XII

Dichos, IGNACIA.

IGNAC. Vengo...; no digan mis convidados que les abandono.

MARQ. (Galante.) No decimos, querida Ignacia; antes hemos sido nosotros...

IGNAC. (Jovial.) Ustedes han venido huyendo. El canónigo y mi tía me tomaron esta noche por su cuenta, impidiéndome atender á todos ..

ASUNC. Por si la plática te resultaba muy pesada, te hemos enviado á Fermín.

MARQ. ¡Que no trae apetito esta noche!

IGNAC. Pues culpe á sus amigos Pepe y Ricardo; aún no han venido.

ASUNC. ¡Oh! lo más *chic* de la Villa... Ricardito estará perfilando algun madrigal, para soltárnoslo de sobremesa.

MARQ. Hoy le disculpa la emoción... la impaciencia... Estará en casa de su abuelita.

IGNAC. Todos han tomado manía al pobre chico. Pues son muy bonitos sus versos... ¿Han visto el nuevo volumen? ¡Qué quintillas las que me dedica!... Un encanto... digo que un encanto.

ASUNC. ¡Oh! Te envuelve en una nube de idealidad.

MARQ. Y, aparte de que usted se lo merece todo...

IGNAC. Gracias, Marqués.

ASUNC. Hay que ver en ello una prueba de gratitud á su generosa intercesora...

IGNAC. Sí; ya sé que ustedes celebraron las calabazas que le dió Conchita. Son del bando de mi marido... Me toca resignarme. (Con ira mal disimulada.) Ya veremos qué maña se da él para buscar un partido más ventajoso.

CARM. Su hija de usted no necesita de eso que llaman un partido.

IGNAC. La destinarán á lo que todas las mujeres ricas... á quitar el hambre .. (Se tapa la boca, santiguándose, como arrepentida de lo que iba á decir.) ¡Jesús!.. perdonen ustedes... (Un reciente propósito de enmienda le impide proseguir en su lenguaje usual. Ademán de salir, como quien huye de una tentación) Vaya, les dejo...

MARQ. (Deteniéndola.) Dígame usted, Ignacia. . (Siguen hablando.)

ASUNC. (En otro grupo con Carmen.) Está hoy desconocida; no permite á su lengua desbordarse... como de costumbre. (1)

CARM. Es que le parecerá de mal gusto agriar la fiesta.

ASUNC. No sería la primera vez. (Siguen hablando bajo.)

MARQ. (Aparte á Ignacia.) Vamos, querida Ignacia; deje usted obrar á Luciano. Ya ve usted cómo, en todo lo demás, reconoce su talento, se amolda á sus gustos... Reconozca que, habiendo vivido en otros medios, tiene motivos de conocer á los hombres. No le agrada Ricardito para yerno; cree que Conchita no debe casarse tan niña. Sus razones tendrá.

IGNAC. Tontería, caprichos... afanes presuntuosos de arreglar el mundo... Hagan lo que quieran, el mundo seguirá lo mismo; y los que, por fidelidad á eso que llaman ¡los ideales! (ahuecando la voz en tono burlón), pierden las ventajas que les brinda su posición, serán siempre unos tontos.

MARQ. Usted, amiga mía, no puede tener queja de Luciano. Tendrá sus ideales... pero no la molesta... respeta...

IGNAC. Respeta... respeta... ¿usted qué sabe?

MARQ. (Avivado por la curiosidad.) Respeta tradiciones, le-

(1) Lo comprendido en cada llave es diálogo aparte en los respectivos grupos. Los demás personajes hablan bajo entre tanto. Téngase presente esta nota en lo sucesivo.

yes, costumbres... se amolda á todo... aunque no crea en la perfección de muchas cosas...

IGNAC. ¿Querrá usted decir que respeta también sus deberes... conyugales?

MARQ. No lo dudo... Luciano es incapaz...

IGNAC. No tanto, Marqués, no tanto... Bajen ustedes, alguna vez, al ídolo...; contémplenle de cerca... ¡Si ahí donde le ven, tiene también... sus... cosas! ¡Me hace reir... ja, ja, ja!... (Ríe espontáneamente, con naturalidad.)

MARQ. (Asombrado.) ¡Pero Ignacia!... ¡Se ha vuelto loca!... ¡lo toma á risa... creyendo....!

IGNAC. (Reflexiona, adopta repentinamente una actitud más grave y con algo de afectada tristeza.) Es verdad, Marqués; confieso que... hasta hoy... no me ha lastimado gran cosa... Pero hoy, sí... (Como reflejando un deber que se cumple.) Quiero á Luciano.

MARQ. ¡Pero qué dice!... ¿Hablaba usted en serio?

IGNAC. No era mi intención manifestarlo; pero ya está dicho. Y luego, como usted le quiere tanto, no hay peligro en revelarle su infidelidad.

MARQ. ¡Infidelidad!

ICNAC. Ideal... como todas las cosas de Luciano. Me ofende sólo de pensamiento... Mejor dicho, hasta hoy, no pensé que me ofendía.

MARQ. ¿Conociendo los hechos?

IGNAC. Conociéndolos.

MARQ. ¿Y... ella?...

IGNAC. Ella... bien cerca de nosotros... en casa.

MARQ. ¡Pura! (Ignacia asiente con la cabeza. Siguen hablando aparte.)

CARM. (Aparte á Asunción.) Me deja usted asombrada: Ignacia al tanto de todo, y tan tranquila, tan indiferente... casi tan satisfecha. No es posible.

ASUNC. ¡Para quien la conozca!...

CARM. Cierto que no le importa...; pero su vanidad, sus pretensiones, la tiranía doméstica que ejerce...; y consentir...

ASUNC. Bien sabe ella que no peligra... No sé si creerá en la virtud de Luciano; en lo que cree, sin duda, es en el interés que le atribuye de no comprometer su posición.

IGNAC. (Á Carmen y Asunción despidiéndose.) Señoras...

ASUNC. ¿Te vas, Ignacia?

IGNAC. A ver si llegaron esos. Vuelvo con todos.

ESCENA XIII

Dichos menos IGNACIA.

CARM. (Á Asunción.) ¿Y por qué sospecha usted que Ignacia ha notado... que sabe...?

MARQ. (Acercándose.) Lo sabe.

ASUNC. ¿Le ha dicho...?
CARM. ¿Ella?... } (Simultáneamente con gran interés.)

MARQ. Todo... hasta la incógnita... el nombre... (Carmen y Asunción se miran con gesto de asombro.)

ASUNC. (Pausa.) ¿No habían observado ustedes el nuevo género de mortificación con que Ignacia cree atormentar á su marido?

CARM. ¿Celos, acaso?

ASUNC. Ustedes saben que Purita tiene novio.

CARM. Sí, ese Ramón.

ASUNC. ¿Y por qué... después de mil vacilaciones?...

CARM. Yo misma la he animado. Aunque por su educación, sus antecedentes, su familia, Pura pudiera ser la esposa de un grande de España, la posición humilde á que ha venido no le permite...

ASUNC. Ahí está su primo Pepito Heredia, tan enamorado como el primer día... dispuesto á casarse...

CARM. Eso... ya no es posible .. En cambio Ramón... trabajador... honrado...

ASUNC. Sus antecedentes de familia no son de lo más recomendable.

MARQ. (Á Carmen.) ¿Y usted se atreve á seguir fomentando proyectos conyugales?

ASUNC. (Al Marqués.) Esta vez no tendrá de qué arrepentirse: no es ella quien decide á Pura...

MARQ. ¿Pues quién?...

ASUNC. Ignacia, Ignacia sobre todo, por el placer de hacer sufrir al otro...

CARM. Si fuese cierto...

MARQ. No; si nada teme... Dice que sólo es ideal la infidelidad...

ASUNC. Y aunque otra fuese, no alteraría su calma. Ignacia es por naturaleza refractaria al sufrimiento moral; no le comprende: por eso constituyen, para

ella, una diversión los estremecimientos del sufrir ajeno; se goza en ellos, como en la mueca del clown que imita las retorsiones del dolor físico sin sentirlo.

CARM. De modo que esa protección, ese continuo recordar á Pura...

ASUNC. Principalmente cuando tiene ocasión de hacerlo en presencia de Luciano. Entonces es cuando más afecta regalar el oído de su doncella; cuando bromea, recordándole sus entrevistas con el novio á ciertas horas, los preparativos de boda, procurando entrar en detalles íntimos, la cama que le tiene prometida como regalo... digna de una princesa...

MARQ. Un enigma: Luciano es el infiel; Ignacia la perversa. El culpable aparece muy por encima del nivel moral de la víctima.

ASUNC. (1) ✱ Sin duda.

MARQ. Veo que, para profundizar en psicologías femeninas, no es preciso perseguir caracteres típicos en las cumbres de la sociedad ni en las escabrosidades del *demi-monde* elegante. La más zafia lugareña lleva en su alma un mundo de misterios: le basta ser mujer.

CARM. ¡Qué cosas las de esta Ignacia!... Será preciso abrir los ojos, no sea que Pura...

MARQ. (Pausa.) ¡Y el rasgo aquel, que yo no me explicaba!... ¡Qué desenfado!... ¡qué indiferencia ante la presunción ó la certeza del estado de alma de Luciano!... Fué totalmente espontáneo el movimiento de risa...

CARM. Lo hemos notado; ¿era en el momento...?

MARQ. Sí; mas como vió mi asombro (no pude reprimirlo), cambió de gesto; hasta me confesó después (cosa extraña) que quiere á su marido.

CARM. Extraña, sí. Aunque sea cierto que le quiera... á su modo, procura disimular...

ASUNC. Todo se explica: Ignacia es dócil al mandato; no hay en ella jugos espirituales para la elevación moral espontánea; pero es de las que se someten al yugo cuando el yugo vence á la naturaleza. Esta

(1) Desde aquí al fin de la escena puede suprimirse en la representación.

mañana se confesó para festejar sus días; el canónigo y su tía la sermonearon: conserva la sugestión de eso que llaman el deber las pobres almas del rebaño. ⁂

ESCENA XIV

Dichos, FERMÍN.

FERMÍN. (Al entrar oye las últimas palabras.) Buena noche eligieron ustedes para romperse la cabeza.

ASUNC. ¿Ya se impacienta la gente?

FERMÍN. ¿Y no es hora? (Pasea inquieto.)

CARM. (Á Asunción y el Marqués.) Doña Eulalia me confesó que sufre mucho con el carácter de su sobrina.

ASUNC. Fué su segunda madre; pero la cogió muy tarde, ya resabiada... Ahora la preocupa más que nunca...

FERMÍN. Ahí la tienen ustedes, acompañada del buen canónigo.

ESCENA XV

Dichos, DOÑA EULALIA, el CANÓNIGO.

CANÓN. (Jovial.) Como nos aproximamos, ¿eh? (Señalando á la mesa.)

FERMÍN. ¡Esos muchachos!... ¡Hacer esperar á personas graves!... ¡y que no tienen apetito!... Mi buen amigo don Rosendo no resiste más.

CANÓN. Querido, los hombres morigerados tenemos horas para todo; la puntualidad...

FERMÍN. Pues esos diablos de chicos son esta noche la penitencia de los hombres morigerados... y puntuales.

EULAL. Acaso no; porque nos han dejado tiempo para poner remate á una buena obra.

FERMÍN. ¡Otra vez!... *fúgite*, Fermín.

ESCENA XVI

Dichos menos FERMÍN.

CANÓN. En confianza... Todos estamos al cabo de lo que ocurre. Por eso doña Eulalia y yo no vacilamos en hacerles partícipes de nuestro triunfo.

MARQ. ¿Triunfo completo?

CANÓN. En toda la línea: garantizo la paz del matrimonio.

MARQ. Pero... ¿el amor... la dicha?

CANÓN. Vendrán por añadidura.

EULAL. Todos contribuimos al desacierto; justo es que participemos de esta satisfacción.

CANÓN. Eran unos niños cuando se casaron.

EULAL. Pensaban... en lo que todos. El en tener mujer...

CANÓN. Y ya se sabe lo que eso significa para un muchacho de veinte años...

EULAL. Ella... en la ropa nueva, los regalos, el viaje de novios, ser ama de casa, recibir visitas, obsequios, hablar de todo...

CANÓN. Y acaso en otro muñequito chiquitín, para vestirlo con trajes muy bonitos, arreglarle una canastilla... y seguir jugando con él á las mamás.

ASUNC. ¡Ah! no; Luciano tuvo un alma mucho antes.

CANÓN. Cierto que, en vida de la pobrecilla Margarita, fué aspirante á yerno de usted. Por eso cree tenerlo bien conocido... Pero, mientras somos pretendientes... ¿eh?

ASUNC. No niego que algunas veces, entre seres vulgares, se violenta el carácter, se dulcifican hipócritamente las costumbres y hasta se afectan creencias para asegurar un matrimonio... Ahí está el caso de Ramón.

MARQ. ¡Infeliz Purita! ¡Preveo que no tendrá fin su desventura!

ASUNC. Pero en nuestro caso, nada de eso. Luciano, aturdido entre el tormento de un gran dolor y las sugestiones de un ambiente, fué dócil al consejo de estos buenos amigos. (Por Carmen y el Marqués.)

MARQ. Ignacia, alucinada también por el reciente triunfo del galán, le aceptó, sin exigirle la menor participación en su modo de ver la vida.

ASUNC. Á todos ustedes ha movido un fin elevadísimo.

MARQ. Asociar el inmenso capital de Ignacia al talento, la audacia, los ideales de Luciano... ¡Cuántos problemas resueltos!...

ASUNC. La gran dificultad, en esos casos, es que toda obra social, puesto que de hombres se trata, necesita una base psicológica.

MARQ. Conformes, Asunción... El socialismo, porque en estos tiempos ha vencido las más superficiales resistencias, preludia ya sus himnos de victoria... ¡Ensueño generoso! No hay tal avance; falta lo principal: crear el hombre y la mujer que han de formar la sociedad perfecta...

ASUNC. ¡Qué lejanos todavía!...

MARQ. Los ensoñadores, los poetas han de poner el cimiento antes de que los otros puedan edificar... Enmudezca Marx, hasta que terminen su apostolado las creaciones de Ibsen.

CANÓN. Marqués, Marqués, usted acostumbra á remontarse... Dejémonos llevar; es más seguro, y ¡qué canastos! más cómodo también... A nuestra edad... en nuestra posición... no vamos á arreglar el mundo.

MARQ. Todos los hombres en cuya frente brilla el pensamiento, están obligados...

CANÓN. Por fortuna, no necesitamos esperar la solución de esos problemas para resolver tranquilamente el nuestro de ahora.

ASUNC. Quién sabe...

CANÓN. Y yo creo que resuelto le tenemos, ea: Ignacia nos dió su palabra; Ignacia es buena, religiosa... el buen sentido se ha de sobreponer, si procuramos no dejarla de la mano. Ya verán ustedes...

ASUNC. (Dudosa.) Ya veremos.

ESCENA XVII

Dichos, IGNACIA, DON FERMÍN, DON RUFINO.

RUFINO. (Saludando.) Señores... (Habla con algunos de los que estaban en escena.)

MARQ. ¡Hola, don Rufino!; ya tenemos abogado y procurador... toda la lira ..

CANÓN. Vuelve don Fermín; buena señal... ¿Llegaron esos chicos?

IGNAC. No todavía.

FERMÍN. Hemos decidido esperar andando (Señales de comer.) A la mesa.

IGNAC. Sí, sí; á la mesa... Pero faltan Luciano y Conchita.

ASUNC. (Desde un balcón.) En el jardín están; desde aquí les veo. (Llamando.) ¡Eh! Conchita. (Pausa.) Ya vienen.

EULAL. Hay que conceder otros cinco minutos; entre tanto llegarán los pollos.

FERMÍN. Los perdidos...

CANÓN. Y ¿cómo van esos pleitos, amigo Gutiérrez?

FERMÍN. Mal, amigo mío, muy mal; la ruina...

IGNAC. No lo crea usted, don Rosendo. Estos curiales se quejan siempre de los malos tiempos; pero no se declaran en huelga. La gente los huye; pero ellos cazan con hurón... buscan los conejos en la madriguera.

CANÓN. Y el hurón son éstos. (Señalando al procurador.)

RUFINO. Arrimamos el hombro, señor canónigo, como ustedes ayudan á morir; no niego que á ricos y pobres, ¿eh? pero á los primeros... con más fruto...

ASUNC. Bueno está el oficio.

RUFINO. Todos son á decir que estamos de más, que somos una rueda inútil, que estorbamos... ¡qué se yo!... Pero nadie nos quita de en medio; somos indispensables; mantenemos el fuego sagrado...

MARQ. Vamos, sí; son las vestales de Themis.

ASUNC. Algo barbudas; pero, á falta de otras...

FERMÍN. Don Rufino, no rebaje usted la dignidad de la clase.

RUFINO. Estamos en confianza... ¡qué diablo! hemos de ser sinceros alguna vez.

CARM. Eso significa que cuando no hay materia...

IGNAC. Se inventa, se forja... Al que no quiere pleito se le agarra, se excita su amor propio, se le allana todo.

MARQ. Señores, eso es muy negro... En las poblaciones que yo conozco...

CANÓN. Marqués, estamos en Navaleda.

FERMÍN. Desde hace media hora, diga usted en el purgatorio. (Movimiento de impaciencia general.)

IGNAC. (Á Asunción que sigue cerca del balcón.) Pero ese marido mío y esa hija ¿no suben?

ASUNC. (Mirando.) Sí, ahora entraron en la casa.

IGNAC. Hoy me secuestró á la niña; apenas la he visto.

CARM. ¿Te pesa?

IGNAC. Al contrario; yo misma le he dicho esta mañana: «Me complace que quieras mucho á tu papá». Es el mejor obsequio que puedo hacerle el día de mi santo.

ASUNC. (Aparte al Marqués.) Hoy está Ignacia desconocida. ¿Ha visto usted qué delicadas atenciones?

MARQ. (Aparte á Asunción.) ¿Habrá llegado la hora...? ¿Acertarán doña Eulalia y el canónigo?

ESCENA XVIII

Dichos, LUCIANO, CONCHITA.

(Al levantar el portier para que entre su padre, se ve á Concha besarle en la frente.)

MARQ. Buenos ojos, Luciano; Conchita, estás monísima.

CONCH. La alegría... que me sube al rostro.

IGNAC. Hija de mi alma. (Á Concha, besándola.)

LUC. Se empeñó la chiquilla en que paseásemos por el jardín...

CARM. Y ella manda... (Dando palmaditas á Concha.)

LUC. Sabrán ustedes dispensarme... Conchita...

ASUNC. No se hable de eso; Conchita es la reina...

CONCH. (Á Ignacia.) Papá y yo nos hemos perdido en el jardín. Buscábamos á porfía la rosa más bonita... discutimos mucho, antes de escoger... porfiá-

bamos... queríamos así como si tratásemos de crear una rosa nueva... nunca vista... Es para ti... tómala (Le da una flor.) Te queremos mucho... los dos... (Se coloca en medio de ambos y les besa.)

IGNAC. (Colocándose la flor en el pecho.) Gracias, hija mía... Gracias, Luciano. (Acento cariñoso que llama la atención de los concurrentes; en el gesto revelan éstos extrañeza; algunos hablan bajo entre sí. Emoción en Luciano, Ignacia y Concha.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, PEPE, RICARDO, al final PURA.

CANÓN. Ea, ya están aquí.

PEPE. Señores... ¡cuánto bueno! (saludos).

RICAR. Perdonen, si nos hicimos esperar (íd.).

FERMÍN. Estos caballeritos creen de buen tono...

PEPE. (Burlón.) Ricardito odia lo cursi... me contagia...

RICAR. Discúlpenme... esta noche... ya ven ustedes... noticias de la crisis... Mi abuelita espera...

FERMÍN. Verdad; tenía que acompañarla... Y nosotros aquí diciendo pestes... Perdón, Ricardito.

RICAR. Allá quedan ahora todos los de la familia... Aprovechando... pude venir...

ASUNC. ¡Ah! En ese caso, no le falta compañía.

RICAR. Yo no podía faltar á la amable invitación de ustedes. (Dirigiendo á Concha una mirada lánguida y suplicante.) Conchita... (Se acerca á ella y le ofrece un ramillete que traía. Ella acepta y agradece con un gesto distinguido.)

IGNAC. A la mesa, á la mesa... (Se van sentando. Ignacia hace sonar un timbre. Momentos de alguna confusión. Después de sentados aparece Pura, radiante de belleza, con distinción impropia de su oficio y adornada con elegancia adecuada al caso. Murmullos de admiración y comentarios por lo bajo acogen su llegada.)

IGNAC. (Á Pura.) Puede usted servir. (Pura se acerca al ventanillo: desde dentro colocan un servicio: doña Eulalia, el canónigo é Ignacia se santiguan.)

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Galería baja y jardín comunicados en la casa de Ignacia. La galería, á la derecha. Á la izquierda se supone otra puerta que da á la calle.

ESCENA I

ANTONIA, disponiendo mesitas para te en el jardín; luego RAMÓN.

ANT. (Al reparar la llegada de Ramón.) Hola, Ramón; ¿cómo por aquí tan tarde?

RAM. Hoy se trasnocha en esta casa... hay alegría; vengo á ver si se me pega algo.

ANT. ¿Tanta necesidad tienes?

RAM. Alguna.

ANT. (Ofreciéndole una copa de licor.) Toma una copita, hombre... ¡Qué diablo! Alguna vez hemos de poder nosotras... Y acuérdate que si no fuera por mí... ¿Por dónde has entrado?

RAM. Por la puerta pequeña del jardín; estaba abierta.

ANT. ¿De modo que no te han visto todavía?

RAM. Nadie... La Pura andará de trajín...

ANT. En el comedor, sirviendo la cena... hace más de una hora.

RAM. ¿No saldrá?... Quiero verla. (Preocupado.)

ANT. No sé lo que te hará rabiar de impaciencia... Y hablar con ella... esta noche... lo dudo... ¿sabes la gente que ha venido?

RAM. Podías tú avisarla... si quisieras... un momento... con cualquier pretexto...

ANT. ¡Vaya, hombre, pues no vienes tú con pocas prisas esta noche! ¡Buena ocasión has escogido!...

Mira, Ramón; voy á darte un consejo... si le quieres ¿eh? No tengas muchas exigencias con la Pura; es bocado demasiado exquisito para uno de *nuestra clase;* (subrayando con marcada intención) bocado de cardenal, como dicen los señoritos (sólo que ellos lo dicen en italiano, y yo no me atrevo... por ahora.) Se me antoja que la tienes... y no la tienes.

RAM. Por eso quiero hablarle, sin salir de hoy. Todos son á decirme.. lo mismo... lo que tú me dices, en sustancia. Y eso... eso, necesito que me lo diga ella, de una vez y en castellano.

ANT. No gastas pocos humos, chico. Pues mira: figúrate que pretendes á una reina... destronada; de esas que, aun en el destierro, conservan el aire, la importancia... vamos, un no sé que...

RAM. El gesto.

ANT. Eso, eso... También se lo oí, al pasar, á uno de los señoritos, que hablaba de ella con otro... ¡Y si la vieras esta noche!

RAM. Hermosa ¿eh?

ANT. ¡Divina! chico, ¡divina!... Y como aquí nadie la considera como á una doncella; sino, por lo que fué... como una majestad... caída, (palabras de ellos, que cojo al vuelo) aureolada (creo que dicen así) por la doble corona del valor y de la desgracia..., me coloqué en sitio adecuado para observar, sin ser vista, el efecto de su entrada en el comedor: ¡un triunfo, amigo Ramón, un triunfo!

RAM. Muchacha, observo que aquí todas habláis en fino; ¡qué piquito! ¿Á qué escuela anduviste?

ANT. Á la de Pura. Aspiro á sucederla en el puesto... y, ya ves, chico, no quiero desentonar; ¡ahí es nada lo que vale una muchacha ilustrada... distinguida! Apunto palabras, frases; pregunto... y pongo gran cuidado en desechar los términos de la aldea.

RAM. Y á fe que adelantas; pero mira: consejo por consejo, allá va el mio: No pongas tu ambición por encima de tus fuerzas; aprender algunas palabras no es lo mismo que sorber un alma;... y por mucho que hagamos algunos burros... Ya me entiendes.

ANT. Pues, aplícatelo, rapaz: al cabo, de más pretensiones es tu empresa que la mia. Si yo quiero imitar el lenguaje y las maneras de Pura, por hacer más llevadera la carga del trabajo; tú pones los ojos mucho más arriba; no te conformas con imitar; quieres coger el modelo y hacerlo tuyo.

RAM. ¿Y quién duda que mío es?

ANT. Dudar... dudar... tú mismo, si mal no te he entendido.

RAM. En fin, Antonia, hablemos claro de una vez; ¿qué intenciones son las de Pura?

ANT. Nadie mejor que ella misma puede decírtelo.

RAM. Tú sabes algo.

ANT. ¿Yo?... ¿De qué?

RAM. Proporcióname ocasión de hablar con ella.

ANT. Veré si puedo; acecha por ahí.

ESCENA II

Dichos, IGNACIA.

IGNAC. Antonia.

ANT. Señorita.

IGNAC. ¡Ah! Ramón por aquí. Toma alguna cosita, hombre; Antonia, trae un cigarro y unos dulces para Ramón; aquí hay licores.

ANT. Voy, señorita.

IGNAC. Oye, ¿has terminado aquí?

ANT. Sí, señorita. (Sale.)

ESCENA III

IGNACIA, RAMÓN, al final ANTONIA.

IGNAC. Siéntate, Ramón; en seguida volverá Antonia. Puedes tomar, con calma, mientras vuelvo con los convidados... Están de sobremesa. (Ademán de salir.)

RAM. Señorita, si fuese usted tan buena que me oyese... pocas palabras... además de permitirme felicitarla...

IGNAC. Gracias, gracias, Ramón; ya sabes que se te estima.

RAM. Mi vida es toda de usted, señorita; mi desesperación es la de no saber cómo demostrarle mi agradecimiento. Lo que le debo á usted es más que si me hubiera salvado de la muerte. Al cabo, con eso, no haría más que conservar una existencia insignificante... arrastrada. Pero yo le debo más que la vida que tenía: otra vida nueva... lo que no podía soñar.

IGNAC. A mí no me debes otra cosa que la buena voluntad. Todo lo demás, mucho ó poco, no soy yo quien te lo concede; agradéceselo á ella.

RAM. También á usted.

IGNAC. Aceptó sin que nadie la violentara.

RAM. Hay deudas que los pobres sólo podemos pagar con la obediencia ciega... Ella también...

IGNAC. Al procurar que mi doncella se fijase en tus buenas cualidades, no hice más que premiar los excelentes servicios que tus padres y tus abuelos han prestado, durante muchos años, en esta casa.

RAM. ¡Ay, señorita! pero como es tan alto el galardón, y mi clase y mi puesto tan humildes..., todo me hace temer... El caso es que si yo no hubiese soñado nunca... Pero ahora... ahora que usted me hizo ver... en sueños... lo que nunca me atrevería á pedir para mí... ahora, señorita, no puedo ya renunciar... Por eso venía hoy decidido á pedir á usted y á Pura un favor muy grande.

IGNAC. ¿Cuál?

RAM. Quería formalizar estas relaciones... fijar plazo para la boda.

IGNAC. Mira, mira, Ramón, esas son cosas de vosotros... Nunca creí que tu audacia se anticipase... No sé lo que piensa Pura. Yo no la obligué... pero temo haber extremado... Mi conciencia... En fin, no estoy tranquila... Y ahora, con esta exigencia tuya... así, de repente... Ya lo pensaremos.

RAM. Es que yo... con los antecedentes..., la historia, las cualidades de Pura... no me considero seguro mientras legalmente no pueda... Y quería...

IGNAC. ¿Qué?

RAM. Que si Pura consiente, usted, tan buena para mí, ayudase á mis planes... procurando facilitar...

IGNAC. Ya te he dicho que tengo mis escrúpulos. Tú pretendes apresurar ese lazo legal, que, desde entonces, obligará á la chica á obedecerte, á seguirte, á ser tuya por el deber. Y hoy lo he reflexionado... te lo confieso.

RAM. Señorita, ¡qué obsequio me preparaba para el día de su santo! ¡Y para eso me dejó acariciar ilusiones!

IGNAC. Eres un joven honesto, formal, sensato; procuraste educarte para el trabajo; y aunque humilde, tienes asegurado un porvenir. En la situación á que la han traído sus desgracias, Pura no puede aspirar á otra fortuna.

RAM. En ese caso...

IGNAC. No me interrumpas. Hojeando, por curiosear, un libro que dejó mi marido sobre mi mesa, encontré una palabra, una idea, que trajo zozobras á mi conciencia á propósito de tus relaciones con Pura... Si ella fuese desgraciada, yo que di ocasión á que te conociese, que fomenté vuestros amoríos, que aconsejé, que... casi... ¡no, no...!

RAM. ¿Y esa palabra?...

IGNAC. El atavismo; la recuerdo bien; no se olvida lo que impresiona demasiado. Tus antecedentes de familia... No te ofendas...

RAM. Mi familia sirvió siempre con lealtad y cariño á los señores de esta casa. Usted lo ha confesado.

IGNAC. No se trata de eso. (Entra Antonia con una bandejita.)

ANT. Toma, Ramón, y despáchate, que ya se han levantado de la mesa los señores.

IGNAC. ¡Ah! Me has entretenido, ¿qué dirán?... (Sale.)

ESCENA IV

RAMÓN, ANTONIA.

RAM. Dame sólo otra copa; no quiero nada...

ANT. Te gusta el licorcito ¿eh? Toma el cigarro. (Le da un cigarro que Ramón guarda y una copa de licor que bebe de un trago.)

RAM. ¿Has visto á Pura?

ANT. No puede entretenerse. Dijo que asomaría un momento ahí, á la galería, antes de que bajen; pero no sé... (Reparando.) ¡Ah! ahí la tienes; voy á su puesto. (Se presenta Pura en la galería y sale Antonia.)

ESCENA V

PURA, RAMÓN.

RAM. (Desde el jardín á Pura, que permanece en la galería con muestras de inquietud.) ¿No puedes salir un instante?

PURA. (Saliendo y acercándose.) Vamos, dí pronto, que ya bajan.

RAM. ¿No me das tiempo siquiera á decirte que estás divina?... ¿á adorarte... de rodillas?

PURA. No, déjame, acaba.

RAM. Todos pueden admirarte menos yo.

PURA. ¿Y qué quieres que yo le haga?...

RAM. Hablé á la señorita.

PURA. ¿De qué?

RAM. De mis proyectos... de nuestra boda.

PURA. ¡Pues no vienes tú con pocas impaciencias! Antes debiste hablar conmigo.

RAM. ¿Piensas desautorizarme?

PURA. Es que no tratamos nunca... de eso...

RAM. ¡Ah! ¿me tomabas por juguete?

PURA. Tampoco... Yo no he dicho más que... no he pensado... todavía...

RAM. Pero ¿no admitiste mi galanteo?

PURA. Sí.

RAM. ¿Es que te seduce el recuerdo de otra manera de querer que tenéis .. los señoritos?

PURA. Es que ya te he dicho que no sé... que no puedo ahora... (Señalando á la galería, donde se presentan algunos convidados.) Mira, ya estás estorbando aquí.

RAM. (Dirigiéndole una mirada triste.) Adiós, Pura... Mañana hablaremos... (Sale por la izquierda. Durante el diálogo anterior van llegando á la galería los demás personajes de la escena siguiente. Los caballeros entran dando el brazo á las señoras. Se detienen allí. Hablan en grupos, señalando algunos al de Ramón y Pura, que están en el jardín. Luciano se destaca, solo, mirándolos fijamente.)

ESCENA VI

PURA, IGNACIA, ASUNCIÓN, EULALIA, CARMEN, DOLORES, CONCHITA, LUCIANO, PEPE, RICARDO, FERMÍN, el CANÓNIGO, el MARQUÉS.

(Ignacia y el Marqués quedan en la galería hablando; los demás salen al jardín, después de haber desaparecido Ramón; y se sientan en grupos alrededor de las mesitas, con alguna confusión y algazara al principio. Durante los primeros diálogos Pura y Conchita van poniendo á cada uno su taza, colocando bizcocheras, etc., etc. Pepe y Ricardo se mueven en la escena, diciendo por lo bajo galanterías á las muchachas incluso á Pura, y cuando convenga, se sientan. Todos los hombres se mueven y sientan, cuando parezca oportuno, para animar el cuadro. Doña Carmen y Dolores hablan de pie en el fondo, con interés; cuando Pura acaba de servir, le hacen señas para que se acerque, y se acerca también Conchita, sentándose al cabo todas, incluso Pura, á una indicación de Conchita. Pepe aprovecha algunos momentos para hablar con Pura. La dirección de escena atenderá, además de estos detalles, á los que indique la oportunidad.)

CANÓN. (Al entrar.) ¡Espléndida noche! La Providencia nos protege.

PEPE. No quiere dejar en mal lugar á Ignacia.

ASUNC. Conchita fué la que dispuso bajar al jardín.

CONCH. En obsequio á todos; ¿no es más agradable esta temperatura, este ambiente?

RICAR. Conchita es la providencia de esta noche.

FERMÍN. (Ya sentado, orondo, fumando.) Señores, ¡qué cenita!... Será de mal gusto, todo lo cursi que ustedes quieran, hablar de estas cosas; pero yo no puedo prescindir...

PEPE. (Aparte á Ricardo.) Ese hombre es un rumiante imaginativo.

FERMÍN. Y con permiso del sumo pontífice de las maneras distinguidas .. (Alude á Ricardo, señalándolo.)

RICAR. Puede usted dedicar hasta un soneto á la cocinera.

FERMÍN. Ya sabemos que la última de París .. *le dernier cri* del buen tono obliga á ser grosero en estos casos.

LUC. Hombre, no... ¡grosero!...

FERMÍN. Cuando la comida fué dispuesta... ideada... por la dueña... La galantería no admite ahora... Pero yo protesto contra esa imposición.

IGNAC. (Desde la galería.) Alto, amigo Fermín; no me pertenece la gloria. Purita, da las gracias. (Entra Antonia con las teteras; las deja sobre la mesa de servicio y sale.)

PURA. ¡Oh! es muy amable el señor abogado.

CANÓN. Y hay que sancionar su buen gusto. Un voto de gracias general para la hermosa...

FERMÍN. Aprobado, aprobado.
PEPE. General.
RICAR. Entusiástico.
(Simultáneamente.)

CONCH. Sí, sí, Purita se lo merece todo.

PURA. (Con naturalidad.) Por Dios, señor canónigo, señorita... señores... (Coge una tetera y sirve te á varios.)

EULAL. (Aparte á Luciano.) Hemos aprovechado el día; Ignacia nos ha prometido... Es preciso que un sincero afecto se sobreponga á pequeñas diferencias que os amargan la vida. Por vuestra hija, que comprende... por vosotros mismos.

LUC. No anhelo otra cosa, querida tía. Ya ve usted que yo...

EULAL. Habrás observado que esta noche... Pero tú también debes... (Siguen hablando aparte.)

CONCH. (Tomando otra tetera.) ¿A quién sirvo yo? (A los de la galería.) Mamá, Marqués, ¿no quieren te?

IGNAC. Sí, hermosa; sírvenos en esta mesita. (Señalando la más próxima.)

RICAR. (Mostrando su taza.) Conchita, si fuera usted tan amable...

CONCH. Con gusto, Ricardo; voy en seguida. (Acaba de servir á los de la galería y se dirige á su padre que está más cerca que Ricardo.) ¿Y tú, papá?

LUC. Sirve á Ricardito; y luego...

RICAR. ¡Ah! de ningún modo: su papá, primero. (Concha sirve te á Ricardo: éste le dice algunas palabras por lo bajo, que ella acoge con una demostración distinguida. Pura, entre tanto, ha servido á los demás, acogiendo de igual modo las frases que le dicen algunos.)

PEPE. (Pasando al lado de Ricardo, que lleva zapato y luce el calce-

tín montando una pierna sobre otra.) Bonitos calcetines, Ricardito.

RICAR. Heliotropo... con calados. Ultima remesa de la «Estrella Fúlgida».

CONCH. (Acercándose á Luciano.) Ahora tú, papaíto.

LUC. ¿Están todos servidos?

CONCH. Creo que sí. (Mirando en derredor.) ¡Ah! Falta don Rufino, ¿dónde está?

FERMÍN. No ha podido quedarse; hay que trabajar esta noche. (Concha sirve te á Luciano y éste le besa una mano antes de retirarse Poco antes aparecen en la galería doña Rita y Elenita, saludan allí á Ignacia y al Marqués y salen los cuatro al jardín.)

ESCENA VII

Dichos, RITA y ELENITA.

(Movimiento, saludos. Elena besa á Conchita y hablan. Concha le ofrece alguna golosina y después te. Luciano ofrece silla á doña Rita al lado de Ignacia. Pura le sirve te y bizcochos y vuelve al grupo de Carmen y Dolores.)

LUC. (Al entrar Rita y Elena.) Rita, Elenita, creíamos que nos faltaban ustedes.

RITA. Saludo á todos.

IGNAC. No habéis querido honrarnos...

RITA. Imposible, querida. Mi tía impacientísima toda la noche, nerviosa... á sus años. No me ha permitido separarme hasta tener noticias ciertas...

LUC. ¿Las tiene ya?

RICAR. (Con ansiedad.) ¿Las tiene?

RITA. Un telegrama, ahora mismo... Hoy funciona el telégrafo toda la noche...

RICAR. (Con viva emoción.) ¿Y qué... qué dice?

RITA. Es probable, casi seguro. La emoción y la impaciencia toman formas casi trágicas en aquella casa. No se podría vivir así muchas horas.

RICAR. ¡Ah! voy volando... (Actitud de salir.)

PEPE. Aguárdate, hombre; no te contagies. Tu abuelo está seguro; no se le escapa esta vez: ¡es el más viejo de los que figuran en la crisis!

FERMÍN. Sí, ahora rige el turno de antigüedad.

RITA. Además, queda el médico acompañando á tu abuelita.

IGNAC. También nos desairó el doctor esta noche.

LUC. (A Ricardo.) Y estás tú bueno para calmar emociones; ¡si ya no sabes lo que te pasa!

IGNAC. Elenita, ésta es la ocasión de pescar marido.

LUC. A mi mujer sólo le preocupan... los matrimonios.

CANÓN. Aprovéchate, niña; mira que la política de ahora es un cinematógrafo. Los ministerios pasan... pasan; y por las sobrinas... solteras, nada pueden hacer los tíos, ministros.

ELENA. ¿Y con quién quieren ustedes que me case, si no tengo...?

IGNAC. ¿Novio? Es lo de menos; mira: Dolores puede cederte... Tiene dos, y ninguno; ¿verdad, Dolores?

DOLOR. No necesita Elenita que yo le ceda...

IGNAC. Mientras no decidas, no dejas en libertad á los muchachos.

DOLOR. ¡Que no les dejo! Lo que les pido es que me dejen á mí.

ASUNC. Pero, como no te ven entrar en el convento...

CARM. No pierden la esperanza...

CANÓN. Y hacen muy bien. Al mundo, al mundo todas... á luchar, á vivir... Yo no soy como aquel compañero mío... ¿recuerda usted, Asunción?

ASUNC. ¡Ah! sí, don José Garcés.

CANÓN. Aconsejaba á cierta señorita que se hiciese monja; y al oir la negativa de ella, exclamó resignado: «¡algunas han de quedar para el mundo!»

FERMÍN. Más conventos que Mendizábal cerraría usted así.

CANÓN. Ya lo creo; sólo así han de cerrarse.

DOLOR. Pero casen ustedes antes á Elenita... que es lo más urgente, por lo visto.

FERMÍN. (A Elenita.) Mira, tú: con Ricardito... Los dos parientes... ¡qué tal!

ASUNC. No, tonto; Ricardo ya tiene títulos. . por sí mismo.

CANÓN. Lo esencial es aprovecharse bien...

ESCENA VIII

Dichos, el MÉDICO.

Todos acogen con gran curiosidad su llegada.

CANÓN. ¿Qué hay, mediquín?
FERMÍN. Este la trae... Se le conoce en la cara.
MÉD. Buenas noticias... Enhorabuena, Rita, Elena, Ricardito.
RICAR. (Va á abrazarle.) ¡Qué me dice usted!
MÉD. Que jurará dentro de unas horas.
RICAR. ¡Mi abuelito! ¿Pero no se burla usted?
ASUNC. (A Luciano.) Atiende al golpe: la familia cree que es burla.
LUC. (A Asunción.) Acaso también lo crea él.
ASUNC. Sueño, por lo menos.
CANÓN. No le darán tiempo á salir del susto.
RICAR. (A Rita.) Tía, un abrazo; Elenita...
ELENA. Ya lo has oído; yo, mientras no tenga novio, no puedo celebrarlo.
RICAR. Eres de la familia.
ELENA. Sí, soy segador... sin guadaña.
PEPE. (Aparte á Pura, que se separa de su grupo para ofrecer al médico una taza de te; deteniéndola un momento.) Ese desdén te me hace más adorable... ¿No recuerdas cuánto me prendaba tu gesto de altanería, que me hacía soñar con el amor de una reina?
PURA. (Aparte á Pepe.) ¿Vas á obligarme á decirte que te desprecio?
PEPE. Ya te convencerás...
PURA. Déjame ya.
PEPE. Tú no quieres á ese hombre; ¡mentira!... Por orgullo, serás capaz de descender á la miseria... al abismo... (Pura se separa de Pepe y ofrece te al médico.)
LUC. ¡Qué gloria para Navaleda!
MÉD. Toda la villa está de enhorabuena.
FERMÍN. No lo tomen á broma.
MÉD. ¡Qué hemos de tomar!... Ahora viviremos;... no quedará un desocupado.
LUC. Ni tampoco un tonto.
ASUNC. Entre nietos, yernos y algún sobrino, todos pertenecen á la familia.

PEPE. (A Ricardo.) Chico, te felicito;... me protegerás.
RICAR. (A Rita.) Debemos ir corriendo á casa de abuelita. Estos señores sabrán dispensarnos.
RITA. Sí, vamos. Ignacia, felicidades. (A todos.) Señores...
ELENA. A ver si ahora le tropiezo en el camino.
RICAR. ¿A quién?
ELENA. Al novio ese que necesito.
RICAR. No digas tonterías;... es muy serio esto.
IGNAC. Adiós, adiós.
CANÓN. Cordial enhorabuena.
ASUNC. Llévensela ustedes á la abuelita.
CARM. Felicidades.
FERMÍN. Ahora, aprovecharse bien.

ESCENA IX

Dichos menos RITA, ELENA y RICARDO.

MÉD. ¡Quién se lo había de decir!
ASUNC. Le pagan una deuda sagrada.
LUC. ¿Cuál?
ASUNC. La percalina y el follaje gastados cuando nos visitó el jefe hace tres años.
MÉD. Los altos cargos, en estos tiempos, son patrimonio de las medianías.
MARQ. Sin eufemismo, doctor; ya se han marchado los parientes.
MÉD. Bueno; de los...; pero respetemos las canas.
LUC. Ya es dudoso que ni las canas lo merezcan; toda la vida es una inmensa bufonada.
IGNAC. (Aparte al Marqués, secándose una lágrima.) Estas lágrimas, querido Marqués, garantizan á usted la sinceridad de mi propósito. Ya le he dicho que hoy...
MARQ. Bien, hija mía; es lo que más le agradezco. Me alivia de un gran dolor... Pero, por Dios, que esto no suponga un sacrificio...
IGNAC. No; siempre le quise;... merece amor; él me dará pruebas ..

CANÓN. Nuestro prohombre... dicen que fué orador en sus buenos tiempos.

LUC. La oratoria está en decadencia: los grandes pensadores del país reniegan de ella.

PEPE. Pero, los otros... siguen explotándola.

MARQ. La patria agoniza en medio de una explosión de patriotismo lírico.

LUC. Y marcial.

MÉD. Sí: quieren reducirla á un monopolio de clase.

MARQ. ¡La patria! Santa idea; pero ya ven ustedes á lo que ha llegado...

LUC. Lo mismo que la moral en boca de tartufos, la justicia en la de los políticos, y la religión en la de... muchos...

MÉD. Sonoros tópicos.

MARQ. Algo más: trampolines de farsantes. Cada uno procura dar el salto sobre el que tiene más cerca.

CARM. (Aparte á Pura en grupo con Dolores y Concha.) Todos lo hemos visto: se alejó muy triste; ¿le has desairado?

PURA. Nada de eso; le pedí que no me importunase en aquel momento.

DOL. No la precipiten ustedes. Haces bien, Purita, en conservar tu libertad.

CONCH. No, ¡si tú no puedes querer á ese hombre!

CANÓN. No mezcle usted la religión, Marqués, amigo.

FERMÍN. Ni la ley.

LUC. ¿Y quién defiende la moral?... ¡Ah! Eso, todos; todos sacerdotes de la moral... burguesa.

IGNAC. No pongas motes á la moral; la moral es una sola; ¿verdad, señor canónigo?

LUC. Una sola; pero cada cual defiende la suya.

CANÓN. La eterna moral cristiana, que nos traza el camino de la vida.

LUC. Es decir que ustedes, guiados por esa moral, no vacilan jamás en la elección de conducta.

CANÓN. No puede vacilar el hombre de fe.

LUC. ¡Qué fácil es ser bueno para ustedes!

MÉD. Tampoco el hombre de ley vacila. A todos mide por igual rasero. Eleva á la categoría de dogmas una serie de fórmulas, que están escritas en vetustos libros...; y á eso llama justicia.

ASUNC. Defiéndete, Fermín.

FERMÍN. Somos sacerdotes de la ley; á ella nos atenemos.

LUC. También es fácil así la vida: la ley lo da resuelto todo... ¡Qué envidiable beatitud!... Yo, cuando quiero ser bueno, en mil ocasiones, necesito resolver antes el problema de cómo lo seré.

FERMÍN. Hay que tomar las cosas con calma, querido Luciano.

ASUNC. Sí; como tú, que pudiste dormir tranquilo el día que ejecutaron, por un error de la justicia, al reo aquel que te confió su defensa.

MARQ. Y resultó inocente.

FERMÍN. Yo ¿qué le iba á hacer?

LUC. Claro; la ley se había cumplido: se habían llenado todas las formalidades.

FERMÍN. (Levantándose resuelto.) Ea, señores; el bueno de don Fulgencio, con su oportuna elevación al Ministerio, ha venido á entristecernos la velada. Voy á su casa, en busca de alegría. ¿Quedas, Asunción?

ASUNC. (Levantándose.) No, voy también. Hay que felicitar á doña Josefina. Adios, Ignacia: mil años... Luciano, amigos todos...

IGNAC. Adiós, adiós. (Saludos, despedidas, movimiento.)

FERMÍN. Hasta mañana. (Salen Fermín y Asunción.)

ESCENA X

Dichos menos ASUNCIÓN y FERMÍN, después ANTONIA.

LUC. Alegría llama ése al aturdimiento y al olvido.

PEPE. La verdad es que esto se iba poniendo... (A Ignacia.) ¡Vaya un modo de festejar!...

IGNAC. No; ¡si me divierte!

CARM. Nos interesa.

LUC. En los tiempos que corren, la alegría es una de tantas ficciones de la piedad ó de la locura, con que procuramos adormecernos.

CANÓN. En todo tiempo será fuente de sana y verdadera alegría la satisfacción de la conciencia honrada.

LUC. Tampoco en ella creo; la conciencia está hoy desorientada, como la vida toda.

PEPE. Digan lo que quieran estos moralistas... septen-

trionales, que se empeñan en introducir la moda de las nuevas preocupaciones, entrísteciéndonos la vida...

LUC. Inexacto; señalándonos la inmensa tristeza de ella; que no es lo mismo.

PEPE. Digan lo que quieran, el amor nos redime...

LUC. ¡El amor! .. ¿Y qué habéis hecho del amor los hombres?... Fuera, en verdad, el único encanto de la vida, si leyes y costumbres, ritos y fórmulas de todas clases no le aprisionasen. Pero su divina esencia desaparece bajo el follaje de esos artificios; sólo se ostenta su caricatura, sonando cascabeles arlequinescos... Yugo, cadena, explotación, sordidez ó vicio, son sus manifestaciones conocidas. En el fondo de todo tragedia... ya lo ven ustedes: las dos grandes concepciones del amor, en las soberanas cumbres del arte, se llaman: Romeo y Julieta, Isabel y Marsilla. (Al terminar este párrafo se halla al lado de Eulalia y el canónigo: los demás siguen hablando bajo.)

EULAL. (Aparte á Luciano en grupo con el canónigo.) ¿Vas á predicar ahora el amor libre?

LUC. Pero no se asusten. El amor... libre que yo predico, no tiene por qué asustar. Por lo que á mí toca, me conformaría con que mi mujer me amase... libremente.

CANÓN. El deber suple la libertad, y la libertad, en el matrimonio, conviértese en deber. ¿Hay algo más admirable?

LUC. Algunas veces se distancian.

CANÓN. La intransigencia de la moral y de la religión es, en ese caso, la salvaguardia de la sociedad.

LUC. Yo no sé quién salva á la sociedad, en ese y en otros casos; pero tengo poca fe en todas las fuerzas... artificiales.

PEPE. (A Concha que está junto á Dolores.) Conchita, si te sonríe el amor, renuncia á sus engaños, sigue el ejemplo de mi hermana; da miedo enamorarse... ¿oyes á tu padre?

CONCH. (Jovial.) ¡Risueño porvenir! ¡Ay, Dios mío!

PEPE. Brillante destino, ¿eh?

LUC. El de los tiempos, chico; ya vendrán otros... Estamos en el vado difícil.

MARQ. ¡Vado difícil!

LUC. En el pasado Abril, estuvo á punto de ahogarse, en el vado del molino, un criado de nuestra casa. ¿Lo recuerdas, Ignacia?

IGNAC. Sí, ¡pobre Antolín!

LUC. Llevaba un recado urgente para tía Eulalia, que se hallaba en su quinta de Rasines. El tiempo estaba espléndido; el sol irradiaba sobre las vecinas cumbres, después de un invierno interminable de nieves y heladas. Fué muy rápido el deshielo; precipitáronse los torrentes con violencia; el arroyo, humilde y manso de ordinario, convirtióse en caudaloso río. En esas circunstancias era preciso atravesarle; y el intrépido servidor, sin más consejo que el de su audacia, se arrojó á la corriente, con riesgo de la vida... Su valor á toda prueba, la fortaleza de sus brazos y la voluntad de acero, obtuvieron entonces uno de esos triunfos, sin ruido, sin laureles y sin crónica, que los humildes pueden contar casi por los días de su vida.

CANÓN. ¿Y en ese vado estamos?

LUC. El sol de la justicia empieza á deshelar las cumbres en donde brilla la inteligencia. Esas cumbres de las que, durante invierno de siglos, sólo se desprendieron aludes de opresión, conviértense ahora en manantiales de puras aguas que, al precipitarse á través de los barrancos de la montaña, enrojecen con légamo de vegetaciones seculares. Agua de las cumbres inmaculada y arrastres impuros de la sierra precipítanse mezclados en el torrente, y bajan á la llanura en turbia confusión... Hombres de buena voluntad contemplan extasiados desde lejos, al romper la niebla, la espléndida hermosura de aquel astro; mas para aproximarse á las cumbres en donde brilla, fundiendo hielos de iniquidad, de ignorancia, de miseria, han de atravesar el vado... Es el paso difícil y lo será mientras las aguas no recobren su transparencia. Pero éste es el momento en que nos corresponde atravesarlo.

CANÓN. Algunos perecerán en el remolino.

LUC. Sin duda... Los demás podrán ostentar gloriosas heridas en el día del triunfo.

CANÓN. Ustedes los audaces... Otros, entre tanto, dormirán tranquilos.

PEPE. Y al fin de la jornada...

LUC. ¿No sabremos quiénes fueron los felices... los buenos?

CANÓN. La fe lo sabe todo.

LUC. Ya nos lo dirá la vida.

ANT. (Asomando á la galería.) Traen un recado de casa de doña Josefina: se han reunido muchos amigos, y esperan á los señores. (Sale.)

CANÓN. ¡Pobre señora! Razón tiene. Enzarzados aquí, se pasaba la noche sin...

MARQ. Vamos, vamos todos á felicitarla.

PEPE. Vamos, vamos.

IGNAC. (A Concha.) Conchita, lleva nuestra representación. Estos señores te acompañarán. Díles que mañana...

CONCH. Bien, mamá.

LUC. Sí, que mañana seremos los primeros.

CARM. (A Pepe.) Pepe, yo acompañaré á Dolores; se queda un rato conmigo.

MARQ. Ea, pues, buenas noches.

IGNAC. Les acompañaremos hasta la puerta.

LUC. Sí, sí. (Van saliendo por la galería todos. menos Pura, Dolores y Carmen.)

PEPE. (A Pura al salir.) Adiós, Pura. Insistiré...; no puedo consentir... (Pura se retira displicente.)

EULAL. (A Luciano saliendo.) Está del todo arrepentida; la he visto llorar.

MARQ. (A Ignacia saliendo.) Querida Ignacia, pongo mi fe en sus promesas; póngala usted en mi palabra.

ESCENA XI

PURA, CARMEN, DOLORES.

CARM. (A Pura.) ¿Y dices que no habéis quedado...?

PURA. No me parecían instantes... Aquí... con esa precipitación... los señores esperando...

CARM. ¿Y así le has despedido? ¡Qué pensará!... ¡Pobre muchacho!

DOL. Piense lo que quiera... Pura debe tomarse tiempo... mucho tiempo, para meditarlo... No deben ustedes precipitarla.

CARM. Tú tienes aversión al matrimonio; por eso hablas...

DOL. Yo tengo... Dios lo sabe (Llora.)

CARM. (Con mucho interés.) ¡Qué!... chiquilla... ¿Y nosotros no podemos?

PURA. Lo que dije siempre: tú estás enamorada. Tu misticismo, tu vocación religiosa, envuelven un misterio... Nadie contraría tus planes..., y, sin embargo, no es feliz nuestra adorable beatita... (La besa.)

DOL. Sí, bésame, Pura; yo te lo merezco... Yo quiero sacrificarme por ti.

PURA. ¡Inocente! ¿Y ese sacrificio? No comprendo.

DOL. Yo... tampoco yo lo comprendo... bien... Soy muy torpe, muy ignorante... Mi padre es bueno...; mi hermano Pepe... también... Díme, Pura, ¿por qué no quieres á mi hermano?... Desde que le rechazaste... en aquella ocasión... tu madre muerta... pensé... mucho...

PURA. No te mortifiques, ángel...

DOL. ¿Por qué no quieres ser hermana mía?

PURA. Hermana... tuya... sí...

CARM. (A Dolores.) Deja ya eso, criatura: todo está agotado; no creas que vas á conseguir lo que no hemos conseguido todos...

DOL. Pura no es veleidosa...; obra por... motivos...

PURA. Ya sabes que el cariño es... ciego.

DOL. Déjame que no renuncie á ser hermana tuya... Acepta... de mí, al menos... No te cases, si un verdadero amor no te mueve...

PURA. ¡Dolores! (Con emoción.)

DOL. No comprometas tu libertad... tu vida,... por ceder á exigencias de tu posición... á consejos...

CARM. Pero, niña, explícate de una vez; ya nos tienes en ascuas; ¿qué significa eso?

DOL. No sé .. no sé... Yo he oído algo... qué sé yo... presunciones... malicias mías... Que mi padre... que el de Pura... no sé... no entiendo... no quiero...

CARM. Y á ti ¿quién te habla de...

DOL. Nadie... á mí, nadie; sorpresas, frases sueltas...

cavilaciones de mi malicia, al ver que Pura... Pero no me atormentéis; para ser hermanas, para quererse, no hacen falta explicaciones.

PURA. (Acariciándola tiernamente.) ¡Pues si los somos! ¡Si nos queremos mucho! ¿por qué te atormentas?

DOL. En fin, quiero ser religiosa; quiero que mi padre viva muchos años... muchos; pero después, lo mío, lo que yo herede, que sea todo para Pura, mi hermana del alma... ¡Ya veis, en el convento no se necesita!...

CARM. Tu hermoso corazón te engaña; no es posible...

DOL. Pero, señor, ¿por qué ha de ser imposible todo lo bueno?

CARM. Hay que vivir en la realidad.

DOL. ¡Qué pequeña y qué ruin es la realidad! Purita, concédeme siquiera... No te cases con quien tú no quieras... No te hagas desgraciada... más desgraciada...

PURA. (Abrazando á Dolores y cubriéndola de besos.) ¡Angel! ¡Niña mía! No te atormentes de ese modo... ¡Por mí sufrías, pobrecita!... Pero ¿quién te ha dicho...? quién te ha engañado así?... No, vida mía; reveses de la fortuna; azares de la suerte... la vida, que rueda... rueda...

DOL. ¿No somos primas? Nuestros padres ¿no tuvieron igual origen?... ¿por qué te ves así?

PURA. ¡Cosas!... ¡si fuera yo la única!

DOL. Fuiste rica, como yo... más. Tu superior talento hizo que aprovechases más que ninguna de nosotras la educación que recibimos juntas. Tú no puedes ser la esposa de ese hombre que te corteja.

PURA. Todos podemos ser felices en el castillo de nuestra dignidad.

DOL. Obsesión de dignidad... algo de orgullo... (te enaltece, no creas que te lo digo como reproche) te llevan á esos extremos...

CARM. (A Pura.) Nuevo aspecto presenta para mí el destino de tu vida... Suspendo todo juicio... De ti respondo á tu madre, aquella santa que al morir me confió lo que ella llamaba su tesoro... su hija...

ESCENA XII

Dichas, LUCIANO, luego IGNACIA.

DOL. ¿Se fué también Ignacia?
LUC. No, quedaba despidiéndose de su tía.
CARM. (A Dolores.) Vamos nosotras, que ya es tarde.
DOL. Cuando usted quiera.
CARM. Adiós. (Entra Ignacia.) ¡Ah! ya viene Ignacia.
IGNAC. ¿Os vais?
CARM. Sí, adiós, querida; no te olvidarás... (Se besan.)
DOL. Adiós, Ignacia; que seas muy feliz (íd.).
LUC. ¿Las acompaño?
CARM. No; Purita nos abrirá. ¿No nos esperaba Juan?
IGNAC. Sí, en el recibimiento.
CARM. Adiós.
DOL. Adiós.
LUC. Hasta mañana.

ESCENA ULTIMA

LUCIANO, IGNACIA, al final CONCHA.

LUC. (Después de unos momentos de silencio.) ¡Ignacia!
IGNAC. (Con emoción indefinida.) ¡Luciano!
LUC. ¡Quedamos solos!... ¡Hace tanto tiempo!...
IGNAC. Es verdad.
LUC. Juntos vivimos... y nada tenemos que decirnos...
IGNAC. Dímelo todo... Ya te escucho.
LUC. ¿Con interés?
IGNAC. Sí.
LUC. (Ansioso.) ¿Con amor?
IGNAC. Con amor.
LUC. ¡Oh! entonces, algo resucita entre nosotros... ¿lo ves?... ¿lo sientes?...
IGNAC. Siento el desvarío de mi vida, la culpa que me separa de ti... Perdóname, Luciano.

LUC. ¡Oh! No me hables ahora de perdón... Has dicho que era amor... y quiero... quiero la prueba... sin enojosos recuerdos... en la virginidad de nuestras almas... como si fuera el primer día...

IGNAC. Perdóname.

LUC. No; no borres esta ilusión de la nueva dicha;... no quieras recordar... Entrégate á mí, como si, en este instante, te hubiera yo robado al paraíso... Ansias tenía de amor... lo demás... lo he olvidado.

IGNAC. Hablemos aquí, con calma.

LUC. ¡Con calma! ¿De qué? Nada nos importa...

IGNAC. Importan muchas cosas... en nuestra situación presente... Ahora nadie nos oye...; es la ocasión...

LUC. Es la hora del amor, Ignacia; no la desprecies.

IGNAC. ¡Oh! Eres vehemente;... no te conocía.

LUC. La efusión... el fuego que una sola palabra de cariño enciende en el alma... cuando el ser amado... cuando tú la pronuncias.

IGNAC. ¡Tanto...!

LUC. ¡Tanto... la vida entera!...

IGNAC. Déjame decirte que estoy arrepentida.

LUC. (Cediendo á la exigencia.) Bien, sí, como quieras... ¡Oh! la mujer arrepentida... posee matices inefables de pasión, que compensan, en una hora, el desvío, la frialdad de muchos años.

IGNAC Fuí cruel contigo.

LUC. Creeré que has muerto y resucitas... trayéndome el encanto de lo que vuelve... de lo que se recobra... nueva luna de miel...

IGNAC. ¡Oh! No me hables de ese modo... tan apasionado... tan vehemente... á nuestros años...

LUC. ¡En plena juventud!... yo no envejezco, amada mía... no soy de esos...

IGNAC. Bien, sí; pero... yo quería... proponerte;... se trata de un pacto... No dejas hablar.

LUC. (Con desilusión.) ¡Ah!, sí;... me había olvidado... ¡un pacto!... ¡lo de siempre!... ¡toda la curia... fórmulas de covachuela... papel sellado... en medio de los esposos que se abrazan!... Tú eres de esas...

IGNAC. (Severa.) ¡Luciano!

LUC. ¿Qué quieres decirme? Ya te oigo... con calma... Ya se acabó... todo...!

IGNAC. Ten formalidad. Consejos, que para mí, son mandatos, me llaman al terreno del deber... del que confieso que mi carácter me había apartado...

LUC. (Sarcástico.) ¡El deber!

IGNAC. Prometo mudar de vida; guardarte las consideraciones que te debo... vivir contigo como esposa fiel... amante.

LUC. ¡Vivir conmigo!

IGNAC. Esta mañana me confesé.

LUC. (Sin atender.) ¡Como esposa amante!

IGNAC. Sólo pido que, por tu parte, me dejes libertad para influir algo más en la educación religiosa de nuestra hija.

LUC. ¡Esposa... amante!

IGNAC. (Llamándole la atención.) Pero... ¿qué dices?

LUC. Digo que, arrebatado por la aparente sinceridad de tu primer palabra, subí de un vuelo á la región de lo soñado... A la puerta me encontré con una esfinge de hielo: el deber... lo que tú llamas el deber... Ella figura como que abre paso al amor; pero antes se complace en congelar la sangre de las venas... No, Ignacia, no; amor buscaba, por amor que ofrecía... pero no me des otra cosa: no quiero sacrificio.

IGNAC. Aprendiste á querer en libros y entre gentes profanas...; ignoras el cariño conyugal cristiano.

LUC. El amor no se aprende en las escuelas ni consiente motes. Tú eres la que aprendiste... no sé dónde... No hablemos más.

IGNAC. ¡Desgraciada hija mía!

LUC. No temas por ella; soy su padre, y ya ves, estoy tranquilo.

IGNAC. (Presentando su carácter altanero y su grosería.) Tranquilo fuiste siempre... sin aprensiones; de otro modo...

LUC. ¿Qué?

IGNAC. Un hombre... con amor propio... con dignidad... no se resigna á vivir...

LUC. A costa de su mujer, dílo pronto.

IGNAC. Sin iniciativas... sin trabajo.

LUC. Sabes por qué... y de quién es la culpa... Y tú, ¿qué trabajas?

IGNAC. Disfruto de lo mío; soy heredera.

LUC. Tienes los mismos títulos que yo; sólo el que trabaja...

IGNAC. Sí, ya sé que eres también un socialista... un monstruo. La herencia es sagrada.

LUC. ¡Si por los frutos se conoce!...

IGNAC. ¡Sagrada!; siempre se lo oí á mi padre.

LUC. El también heredó.

IGNAC. Fermín y el canónigo lo dicen.

LUC. Esos lo dirán... mientras lo diga el Código.

IGNAC. Y, por último, sea como quiera, como mi pan...

LUC. Vivo muy alto, Ignacia; no llegas á la altura de mi desprecio... Te compadezco... Tengo una hija, que me ata... á esto, que otros llamarían tormento. Yo no... porque no llega á mí... Mi hija lo explica todo... Puedes seguir... Estoy convencido...

IGNAC. Lo que te liga .. bien lo sé: es otro amor infame... es Pura.

LUC. ¡Para lo que á ti te importa!

IGNAC. ¡Qué más querrías que ahuyentar ese obstáculo de tu delicadeza hipócrita!... ¡Si no estuviera en mi propia casa!... Pero no; ahí la dejo para tu tormento... para que ardas en deseos... que... nunca .. nunca... ¿oyes? nunca...

LUC. Sí, nunca... nunca... Buscas contradicción, y... ya lo ves: no la encuentras en mí.

IGNAC. Y cuando salga, será para casarse... saldrá del brazo de su marido... De aquí, al amor... al placer... á eso... que te seduce. (Provocativa y como recreándose en la rabia que supone en Luciano.)

CONCH. (Apareciendo en la galería; refleja la alegría que le produce verles juntos.) Papá... mamá... ¿he tardado mucho? (Les besa.)

LUC. ¡Hija mía! (La besa en la frente con efusión.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Gabinete en casa de Ignacia. Puerta de entrada general, á la derecha; otra reservada, á la izquierda.

ESCENA I

DOÑA EULALIA, CARMEN, ASUNCIÓN.

EULAL. ...¿Y dicen que ha llegado á maltratarla... de obra? (Carmen afirma con la cabeza.)

ASUNC. ¡Infeliz criatura! Esto sólo faltaba...

CARM. No tienen fin sus desgracias.

EULAL. ¿Cómo pudieron ustedes consentir?... (A Carmen.)

CARM. Yo, no; Ignacia... Yo patrociné... al principio. Pero luego vi claro... me hicieron ver...

ASUNC. Lo más grave es que la misma Ignacia sospechaba... temía... Ese hombre estaba amenazado de la triste herencia...

EULAL. ¿Sabía Ignacia, dice usted?

ASUNC. Lo ha confesado; ¿recuerdan?... aquel día que se mostraba tan arrepentida, tan cambiada.

CARM. El día de su santo; pronto hará un año.

ASUNC. ¡Cómo nos engañó! Aquella noche no hizo ninguna de las suyas.

CARM. Y lo más sigular es que, desde el día siguiente, mostró mayor interés en precipitar la boda de su doncella.

EULAL. ¡Qué sobrina mía!... Creí que el freno de la religión...

ASUNC. He observado que puede poco contra la naturaleza. Si no fuera así, todas las beatas ostenta-

rían un carácter uniforme. Y ya ven ustedes cuánta variedad entre ellas. Ninguna conozco que haya matado de verdad á la mujer que lleva dentro.

CARM. En el mundo moral, los frenos de nada sirven.

EULAL. ¡Lástima de Pura!... No me explico su aversión á Pepe.

ASUNC. ¿Orgullo? ¿Refinamiento de amor propio, que no quiere deber á nadie...? ¡Qué sé yo!... Nadie sabe lo que ha pasado entre ellos...

EULAL. Lo cierto es que después de la muerte de su madre...

CARM. Dieron fin aquellos amoríos. Yo sé algo. La infeliz Lucrecia me había manifestado muchas veces sus temores... sus escrúpulos. Pocas horas antes de morir, cuando en momentos de suprema angustia me confiaba el cuidado de su hija, auguró que llevaba consigo á la tierra la única esperanza...; que Pura no llegaría jamás á casarse con su primo.

EULAL. Por culpa de ella, sin duda; porque él... ya saben ustedes que siempre...

CARM. No sé si por su culpa; pero ciertamente por obra, por resolución de Pura. Mientras vivió su madre, después de la espantosa ruina, Pura, que la idolatraba, aceptó como un sacrificio las relaciones de su primo, que cifraban, para Lucrecia, la esperanza de restauración de la perdida fortuna.

EULAL. Es una explicación...

CARM. La única. No temo equivocarme. ¿No la han visto ustedes preferir la humillación extrema...; ponerse á trabajar, á servir... en esta casa de Ignacia, cuyas maneras, cuyas costumbres, cuya brutal soberbia conocía?

EULAL. No la humillaba.

CARM. Comprendió desde el primer momento la táctica mejor... Pero en cambio, poco á poco, la precipitó en este abismo.

ASUNC. ¡Qué poder de sugestión!

CARM. Bastaba la predisposición de Pura. Yo lo he notado durante el tiempo que ayudé inconscientemente..., hasta que Dolores, esa niña admirable, me abrió los ojos.

ASUNC. Sí; ¡Pura, alma desquiciada, alma grande... incomprensible!... Curiosa de emociones no vulgares, amiga de bordear abismos; pero siempre noble, con orgullo de virtud, sin abdicaciones;... nuevo tipo de mujer en esta sociedad, que no admite transición entre nuestra ñoñez beata, casera, tristona, y el sórdido descoco de aventureras galantes ó la falsa moneda de mundanas inaprensivas!

CARM. Quiso demostrar á quienes aún dudasen de la sinceridad de sus propósitos... á sí misma, tal vez, que su resolución de descender, de abrazar el trabajo como norma de vida, era irrevocable; que ni los amorosos requerimientos de Pepe, ni de ningún otro señorito podían hacerla vacilar...

ASUNC. Género de grandeza propia de un alma como la suya.

EULAL. Y dicen que Pepe...

CARM. ¡ Desesperado... loco!... Recibió aquella boda como el mayor de los desprecios... Cuéntanse de él extravagancias, locuras, desde aquel día.

ASUNC. Dicen que no la olvida.

CARM. Aseguran que juró una cosa horrible... èspantosa...

ASUNC. (Comprendiendo) ¡Jesús!

EULAL. (Horrorizada.) ¡Jesús!

CARM. Y viendo el grado de abyección á que llegó el marido...

EULAL. ¡Pobre Pura! ¡qué peligro!

ASUNC. (A Carmen.) Y usted... ¿no puede... ahora...?

CARM Desde que se casó, me faltan ocasiones...

ASUNC. (Viendo llegar á Luciano.) Alguien, quizá, no la ha olvidado del todo...

ESCENA II

Dichas, LUCIANO.

LUC. ¡Mis buenas amigas! (á Eulalia) ¡querida tía!

EULAL. Esperábamos á Ignacia.

LUC. Creo que ha salido á visitar los pobres de la «Junta de Damas...»

ASUNC. Ya nos han dicho... No tardará.

CARM. ¿Y Conchita?

LUC. En Obona, en casa de mi hermana. Ha venido á buscarla para las fiestas; aprovechó la temporada de teatro.

EULAL. ¿Y vuelve pronto?

LUC. Mañana la esperamos.

CARM. Hemos sabido la situación de Pura.

ASUNC. Ignacia la casó con ese bárbaro. Venimos á ver...

EULAL. ¡Pobre Pura!

LUC. No se molesten ustedes. Ignacia no se preocupa de otros pobres que de los inscriptos en las listas de la «Junta».

CARM. ¿Y hemos de consentir...?

LUC. Esperen poco del auxilio de mi mujer.

EULAL. ¿Y del tuyo?

LUC. Yo... ¿qué puedo yo...?

CARM. Luciano, el caso es grave... gravísimo. ¡Una mujer como Pura, maltratada por ese cafre!... A usted le atormenta tanto...; más que á nosotras.

LUC. (Ingenuo.) Quizá.

CARM. Yo perdí mi influencia... ¿Qué haremos?

LUC. (Exaltándose.) No lo sé... no lo sé. Hay para volverse loco. Haremos...; no sé qué haremos. ¿Creen ustedes que estoy tranquilo?... Y no saben otra cosa.

EULAL. Pero ¿aún hay más?... ¡Jesús, mil veces!

LUC. Tendrán noticia de la llegada de ese don Sebastián Torres, que regresa de Buenos Aires con una inmensa fortuna.

ASUNC. Sebastián Torres... No recuerdo; no será de Navaleda.

LUC. No; procede de Obona, de la capital.

CARM. ¿Y viene...?

LUC. A establecerse...; á quedar entre nosotros.

CARM. ¿Y qué relación...?

LUC. Ese caballero, aunque mucho más joven que don Lorenzo Heredia, el padre de Pura, fué quien trabajó con él tantos años en América.

ASUNC. Me han contado los motivos y la ocasión de la marcha de don Lorenzo. ¿Es cierto que salió de España con su madre enferma?

EULAL. En Berlín murió la infeliz en una operación arriesgadísima.

CARM. Los Rubena intentaron denunciar á Lorenzo por estafa.

EULAL. Lo hicieron.

CARM. Entonces no; muchos años después.

LUC. Al principio desistieron por propia conveniencia.

CARM. Amenazaron sólo, en vista de que se negaba su hermano...

ASUNC. Ese Leopoldo, hoy Vizconde de Sacro-Valle...; fortuna amasada con lágrimas de los suyos... y de los extraños.

LUC. Después de negarse, con fútiles pretextos, á contribuir á los gastos de aquella operación, de la que dependía la vida de su madre, negóse también á reconocer la deuda que su hermano, para tan sagrada obligación, había contraído...

ASUNC. Dicen que no ha sido la más correcta la forma de contraerla.

EULAL. En verdad que nada autoriza...

CARM. ¡Oh! jamás.

LUC. No; pero muchos motivos atenúan la odiosidad de ciertas rebeldías...

EULAL. No justifiques...

LUC. ¡Líbreme Dios!; pero estas leyes, estas fórmulas mezquinas que oprimen, que ahogan... Hay que abrir una válvula á la expansión de los sentimientos, al cumplimiento de los deberes más sagrados. La vida de una madre no debiera poner jamás al hijo en situación... Y ya ven ustedes: esta sociedad consiente...

EULAL. Conflictos inevitables.

LUC. Absurdos de la sordidez ambiciosa. Así los veremos, si miramos atrás, cuando hayamos pasado el vado.

CARM. ¡Ah! el vado difícil; ya recuerdo.

EULAL. Sin el orgullo de Pura, el amor, quizá, se hubiera encargado de reparar en lo posible...; porque los dos hijos de Leopoldo...

LUC. Sí; Pepe se hubiera casado con ella; y Dolores espera á heredar para poner en práctica lo que su exquisita conciencia le ofrece como una obra de justicia.

CARM. Dejemos lo imposible... Y ese Sebastián...

LUC. Venía dispuesto á compartir su inmensa fortuna con la huérfana de su amigo, de cuya situación

se había enterado por allá... Y, al llegar, la primer noticia... que era tarde.

CARM. ¡Qué tormento!

LUC. Para él no: ya comprenderán ustedes que no era amor el sentimiento que le movía. Pero se informó también de las actuales angustias de Pura, y demostró gran interés...

ASUNC. Tomará nuestro partido; nos ayudará.

ESCENA III

Dichos, IGNACIA que entra con devocionarios, libritos y rosarios.

IGNAC. (Mientras se quita la mantilla.) Vengo rendida. ¡Subir y bajar escaleras, oir lástimas, hacer más de lo que una puede!... ¡Bien ganamos el cielo ..! ¿Por qué no ingresan ustedes? Todo lo principal de la Villa: Josefina, ya ven, la señora de un ex-ministro, presidenta; la Condesa de San Magente; la opulenta viuda de Coles;... y como protectores: el Vizconde de Sacro Valle; Ruipérez; don Patricio Serantes; don Fulgencio, el exministro... todo el mundo. No las dejaré de la mano hasta atraerlas: tengo esa misión...

EULAL. Yo pertenezco. Sólo asisto á las juntas extraordinarias; no puedo...

ASUNC. A mí no me gusta la caridad á toque de campana, con reglamento.

IGNAC. Nosotras no sabemos dirigirnos. Las buenas intenciones caerían en el vacío; ó lo que es peor, acaso producirían frutos de perdición, sin una buena dirección espiritual.

CARM. ¿No socorréis otras necesidades que las de pan y abrigo?

IGNAC. Al contrario; ustedes que alardean de no necesitar ciertas enseñanzas, son unas ignorantes... de... de muchas cosas. (Asunción y Carmen hablan aparte.)

LUC. ¡Qué finura! ¡qué delicadeza!

IGNAC. ¡Cállate tú, moscardón... ateo! Mejor te fuera permitir á Conchita acompañarme.

LUC. Sí; para que se le peguen las maneras distinguidísimas que tienen ustedes en sus discusiones. ¡Con qué palabras dicen que se despidió la alcaldesa, cuando se dió de baja porque la Junta rehusó admitir en sus listas á la recomendada de un elector de su marido...! ¡Y qué cosas se le contestaron...!

IGNAC. Verdades.

LUC. No lo dudo; pero de gran oportunidad en aquel sitio.

IGNAC. Bueno; tú te callas;... y lo mejor que puedes hacer es dejarnos.

LUC. No; si me divierte mucho...

IGNAC. (A las señoras.) Decía que ignoran,... porque desconocen el sabio reglamento de la «Junta de Damas Reparadoras», obra del venerable Abad de nuestra Colegiata, aprobada y bendecida por todas las autoridades eclesiásticas. Los socorros de pan y ropa son lo de menos en nuestra obra; el pretexto con que nos proponemos llegar al corazón de las ovejas descarriadas, para traerlas al buen camino. ¡Si supieran ustedes los matrimonios que llevamos hechos!

LUC. (Espontáneamente.) ¡Qué barbaridad! (A las otras, reparando.) Perdón, señoras; es que se me pega...

IGNAC. ¡Impío!... ¡blasfemo!... El traer á buen camino á tantos infelices, que viven fuera de la ley de Dios, ¿es una barbaridad?

LUC. ¿Y á la ley de Dios los traen unciéndolos al yugo...? Los que viviesen fuera de ella, fuera habrán continuado, pese á todas las fatigas de las Damas...

IGNAC. Fuera vivían todos.

LUC. Pues fuera viven. ¿O crees tú que una bendición, aceptada como complemento de un puñado de pesetas, ha sido suficiente á transformar las almas?

IGNAC. La tuya arderá en los infiernos, hereje; reniegas de los Santos Sacramentos; crees que somos como animales... ¡Hija de mi alma; en qué escuela te están educando!

LUC. De nada reniego, ni creo en esa monstruosidad. Deja tranquila á nuestra hija, que más cerca de Dios se halla que nosotros. (A las otras.) Perdonen

ustedes; contra mi costumbre caí en la ordinariez de discutir.

ASUNC. Querida Ignacia, no te exaltes de ese modo. Tu marido no piensa ni dice lo que tú quieres interpretar.

LUC. Digo que sacerdotes y juristas, arrastrados por una tradición que pasa rozando sobre la superficie de las cosas del espíritu, sin penetrar en la sustancia de ellas, han formado del matrimonio ese concepto secular, que atribuye toda la importancia á las formalidades externas, vinculando los amores y los deberes todos de la vida conyugal á la fórmula de un momento, sin reparar en la preparación de las almas para los grandes destinos.

ASUNC. Y de ahí los eternos problemas del matrimonio sin amor y del amor sin matrimonio.

LUC. Y de la paternidad espiritual; que sólo de la otra se ocupan las leyes, por lo que se relaciona con la herencia.

CARM. ¡Las leyes... las leyes! Serán muy buenas; yo no entiendo... ¡pero algunas personas!... ¡la pobre Pura!...

ASUNC. Víctima fué toda su vida de tremendos errores consagrados en ellas. Hasta mi marido lo reconoce.

LUC. ¡Pues ya se necesita!... Verdad que el caso de Pura... su historia...

CARM. Hay para maldecir de todos los legisladores del mundo.

IGNAC. ¡Ya está en el candelero la Purita! Desgraciada fué; pero al fin hemos logrado apartarla de los peligros... ¡Cuántas en su caso! .. Al fin está casada. Todas las desdichas del matrimonio son preferibles á la perdición...

CARM. ¿Y quién dijo que Pura...? (Transición.) En fin, no perdamos tiempo. Tú eres la única persona que ejerce algún ascendiente sobre su marido; la única á quien respeta, á quien oye.

IGNAC. Téngole citado para hoy mismo; yo le hablaré.

ASUNC. (Levantándose, y con ella las demás.) En ese caso, ya nos vamos; es muy tarde; y si viene, es conveniente que estés dispuesta... Veníamos sólo á eso.

CARM. Por Dios, Ignacia...

IGNAC. De mi cuenta corre...
ASUNC. Volveremos. (Saludándola.)
CARM. Adiós. (Sale con Asunción. Luciano las acompaña.
EULAL. Yo me quedo.

ESCENA IV

EULALIA, IGNACIA, después ANTONIA y PEPE.

EULAL. ¡Por Dios, Ignacia; esos modales; esa vida!... ¿No piensas que puede llegar un día en que se agote la admirable paciencia de Luciano?
IGNAC. Tía, déjeme usted; no me hable de eso. Si se quedó para sermonearme de nuevo, váyase con ellas.
EULAL. Sí, sí; me voy; eres incorregible. Quiera Dios que no tengas que recordar alguna vez...
ANT. (Anunciando.) Está el señorito Pepe.
IGNAC. Que pase aquí. (Vase Antonia.)
EULAL. Bueno; yo me voy.
IGNAC. Adiós, tía.
PEPE. (A doña Eulalia, al entrar.) ¿También usted se va? He visto á Carmen y Asunción.
EULAL. Sí, sí; llevo prisa. (Sale.)

ESCENA V

IGNACIA, PEPE, al final ANTONIA.

IGNAC. Tú también vendrás á hablarme de Purita... ¡Estoy de esa niña!... ¡Ni que fuera yo su madre...!
PEPE. Pues tendrás que oirme; necesito verla.
IGNAC. Bueno; ¿y qué quieres que yo...?
PEPE. Aquí sería mejor.
IGNAC. ¡En mi casa!.. ¡estás loco! ¿por quién me tomas?
PEPE. Si es que... Pero ¿qué disparate has pensado?
IGNAC. Pues ¿para qué quieres tú ver á Pura?
PEPE. Para... idear el medio de librarla de ese bárbaro... ¿No sabes...?

IGNAC. Lo sé. ¿Y qué vas á hacer tú?

PEPE. Lo primero, saber qué piensa ella.

IGNAC. Mira, Pepe: esas que acaban de salir venían á lo mismo. Yo me encargué de hablar á Ramón, de amonestarle... de imponerle, si es necesario...

PEPE. ¿Y cuándo?

IGNAC. Hoy mismo; aquí.

PEPE. ¿Le has llamado?

IGNAC. Si.

PEPE. (Con idea repentina, tras breve pausa.) ¿Sabes lo que pienso, Ignacia?

IGNAC. ¿Qué?

PEPE. Puesto que la casualidad me ha traído tan oportunamente, confíame la difícil empresa.

IGNAC. No es posible. Después de lo pasado, se creerá que tus móviles son otros;... y yo...

PEPE. ¿Podrá extrañar á nadie que me interese por mi prima? Tomaré la representación de mi padre y de mi hermana...

IGNAC. ¿La traes?

PEPE. No, porque ignoraba... Pero no podrán desautorizarme.

ANT. (Desde la puerta.) Ya está aquí Ramón.

IGNAC. (A Pepe.) Bueno; déjame con él... Después hablaremos.

PEPE. ¿Está Luciano en casa?

IGNAC. (A Pepe que sale.) Debe estar en su despacho. (A Antonia.) ¿Has hablado con él?

ANT. Sí, señora.

IGNAC. ¿Y viene... tratable? (Indica con gestos referirse á la embriaguez.)

ANT. Creo que. sí

IGNAC. Hazle entrar. (Sale Antonia.)

ESCENA VI

IGNACIA, RAMÓN, al final PEPE.

RAM. Señorita.

IGNAC. Te he mandado venir para reprenderte. Estoy informada... lo estamos todos... de la brutal es-

cena... Desgraciadamente, se realizaron mis temores... Pero, Ramón, jamás he podido creer que las cosas llegarían á este punto

RAM. Señorita, yo no trato de disculparme... pero sepa usted que Pura...

IGNAC. Pura no te ha faltado nunca... es incapaz... su mismo carácter... su educación, te garantizan...

RAM. Hay muchos modos de faltar, señorita.

IGNAC. Nunca te ha sido infiel.

RAM. Ya lo sé... y de eso no me quejo.

IGNAC. En tal caso...

RAM. ¡Qué diablo! Cada uno sabe dónde le aprieta... Nunca debiera uno salirse de su esfera... de su clase... Quiso usted hacerme mucho bien, poniéndome esa mujer ante los ojos, como una cosa fácil... asequible...; y lo que me dió fué motivo de desesperación para toda mi vida.

IGNAC. ¿Me reprochas ahora, miserable, después de arrastrarte, como un reptil, pidiéndome lo que llamabas la salvación... el cielo?

RAM. Usted debió empezar por no llenarme el alma de ilusiones, dejándome querer á cualquier zafia... de mi clase.. como mi madre... como todos los míos. (1) ⁕ Yo sé que Pura me desprecia; siento en mis entrañas la frialdad de su presencia; y... ¡qué diablo! también me contagió su orgullo. Al principio, apliqué á mi enfermedad la medicina que usamos los humildes para todos los males del alma: la bebida... En sus vapores procuré olvidar .. cegarme .. Pero algunas veces levántase ese orgullo pegadizo, única señal que llevo de su influjo sobre mí, y me hace recordar que también los pobres ignorantes tenemos alguna superioridad (indica los puños).

IGNAC. ¿Y vamos á seguir así?... Modérate, Ramón; hazlo por mí..., por tu señora; mira que todos me piden cuentas de haberte casado...

RAM. Y yo también. Ese matrimonio era la única desgracia que podía ocurrirme. Los hombres rudos, y á la vez altivos, tenemos alma para sobrellevar todas las penalidades... menos una: esa humilla-

(1) Lo comprendido entre estos dos signos ⁕⁕ puede suprimirse en la representación.

ción del que se siente despreciado. Creo que soportaría de mi mujer... cualquier cosa... todo... menos eso. ⁜

IGNAC. ¿Por qué, entonces, te casaste con ella? Ya la conocías...

RAM. No lo sé. Usted me la puso delante; y me cegó... No lo creía posible; pero ella y usted me convencieron... La quise como un loco; llegué á considerarla como un pedazo del alma... desconocicido. . cuya existencia se me revelaba. Y después... después ya no era posible perderla. El amor es así: lo mismo escala las alturas que se hunde en abismos... ¡Cuántos señoritos se pierden, arrastrados por mujeres despreciables! Pues á mí me sucedió lo contrario: me perdí por subir demasiado. ¡Todo está en salirse del camino!

IGNAC. ¿Y son esas las seguridades que me das?

RAM. Señorita, cuando una vida se desquicia, ya nada le importa... Puede usted tomarlo como guste; pero conviene á su tranquilidad no molestarse por la suerte de mi mujer. Todas las humillaciones que conciba la imaginación emplearé, para que se vaya acostumbrando á la idea de que es *mi mujer*, *mía;* sí; soy su dueño...

IGNAC. Su protector, debieras decir.

RAM. Ustedes me la entregaron, y la ley me garantiza...

IGNAC. No puedes maltratarla.

RAM. Y á la que se encuentra en ese trance no le quedan más que dos caminos: ó ser de su marido por amor; ó soportar el yugo á que, por voluntad ó por capricho de un momento, se sometiera.

IGNAC. ¡Miserable! Desde hoy quedas despedido de la casa, de la huerta... Se acabó todo.

RAM. (Flemático, arrogante, cínico.) Tampoco me importa. Mi mujer trabajará... fregará suelos...; y, en último caso, es suficientemente hermosa para...

IGNAC. ¡Qué horror! ¡Pepe...Pepe! (Llamando desde la puerta.)

RAM. Ya sé que está el señorito Pepe... ¡mi primo!... Tampoco le tengo miedo.

PEPE. (Entrando.) ¿Qué ocurre?

IGNAC. Hay que salvar á tu prima... Este bárbaro... ya no me obedece... ¿Dónde está Luciano?

PEPE. Allá dentro.

IGNAC. Mira lo que dice ese... Perdió todo el respeto; tendrá el valor de repetírtelo... Impide... castígale. (Sale.)

ESCENA VII

PEPE, RAMÓN.

(Quédanse mirando y sueltan los dos la carcajada, después de una pausa.)

PEPE. Se asusta de su obra. (Por Ignacia.) Creyó que todo consistía en casarla... y ya la tiene casada.

RAM. También lo está ella misma... y...

PEPE. Sí; son infinitos los matices de este drama.

RAM. Me ha despedido; me quita el pan; pero... ¡vive Dios, que me he vengado!

PEPE. ¿Le has dicho...?

RAM. Vomité todo el odio... ¡Cuántos somos desgraciados por ella!

PEPE. Bien; toma ahora la cantidad... (le da billetes) y márchate... A Pura le dices que Ignacia la llama; la obligas á venir aquí... en seguida. (Sale Ramón.)

ESCENA VIII

PEPE, IGNACIA y LUCIANO.

(Estos entran por la puerta de la izquierda, Luciano agitado.)

LUC. ¿Qué ocurre aquí?

PEPE. Nada; ya está arreglado: traemos á mí prima, y aquí la detenemos hasta decidir, entre todos, lo que ha de hacerse.

LUC. Y... ¿vendrá ella?

PEPE. Ramón me ha prometido hacerla venir.

IGNAC. ¿Cuándo?

PEPE. Ahora mismo.

IGNAC. (A Pepe.) En ese caso debes traer á tu hermana... La domina... es la única; y entre todos...

PEPE. (Después de breve pausa.) Voy... voy; al instante vuelvo con ella (Sale.)

ESCENA IX

IGNACIA, LUCIANO, al final ANTONIA.

IGNAC. Loca me traéis entre todos por esa mujer... ¡Ojalá nunca!...

LUC. Sí, maldícela... ¡tu víctima!

IGNAC. ¿Pero queréis decirme que la obligué...?

LUC. ¡Ese afán de casarla!... ¡y con qué intenciones!... ¿recuerdas?

IGNAC. Llegaste á exasperarme; tuya fué la culpa.

ANT. (Anunciando.) Ese señor... Don Sebastián...

IGNAC. No quiero ver á nadie. (Sale por la izquierda.)

LUC. (A Antonia.) Que tenga la bondad de pasar aquí.

(Entra Sebastián por la derecha.)

ESCENA X

LUCIANO, SEBASTIÁN.

SEBAST. Querido Luciano, me han contado horrores... ¿qué podremos hacer por esa criatura? ¡Pobre Lorenzo!... ¡si él viviera...!

LUC. Lorenzo legó á su hija una historia de amarguras, que en ella se continúa hasta agotar las heces. Víctima fueron uno y otra de la tiranía de unas leyes que desconocen la potencia creadora del corazón...

SEBAST. Conozco esa desgracia, ¡he visto tanto!

LUC. Las leyes sólo sirven para nivelar la vulgaridad. Desconocen el mundo del espíritu, en el que, confundidos entre muchedumbre de autómatas, se dan algunos hombres y mujeres.

SEBAST. Pero... ¿por qué atribuye usted á las leyes...?

LUC. A las leyes y á los que se erigen en sus pontífices, sin haber buceado en las profundidades del alma... En fin, usted conocerá la historia de su compañero de América.

SEBAST. No; atentos los dos á trabajar sin descanso: él con más febril actividad, con más prisa de regresar á la patria, donde el amor de una mujer le esperaba; yo, sin ese atractivo, por temperamento: jamás nos comunicamos nuestra vida.

LUC. La de Lorenzo y la de su hija son un solo drama continuado: el drama de la psiquis creadora, fecundísima, ansiosa de expansión y libertad; y aprisionada en un inmenso telar de fórmulas vacías, pero de tan enmarañada urdimbre, que toda la pujanza de la divina prisionera es insuficiente á quebrantarla.

SEBAST. Algo misterioso, en efecto, se vislumbraba...

LUC. Muy joven, casi niño, trabajaba Lorenzo con su hermano Leopoldo en las oficinas de la casa de banca de Rubena, en la capital de la provincia. Eran dos caracteres extremos: Lorenzo, noble, caballeroso, despreciador del dinero; Leopoldo, una hormiguita. Tan pronto como, á fuerza de privaciones, pudo reunir un insignificante capital, se vino al pueblo; y aquí, á la sombra de la curia y al amparo de la ley, entre *pactos de retro* que terminaban por el robo legal de las fincas, maquinaciones en las subastas (que los jueces toleran porque se cubren las formalidades...) y otros artificios por el estilo, amasó la fortuna con que, andando el tiempo, pudo adquirir el título de Vizconde de Sacro-Valle y el derecho á las consideraciones que le guarda todo el mundo.

SEBAST. He oído decir que un hijo de ese Vizconde pretendió casarse con su prima.

LUC. Ya llegaremos á eso. Enfermó gravemente la madre de Lorenzo y de Leopoldo, poseyendo ya este último recursos abundantes. Lorenzo trabajaba aún en la casa de Rubena, sin más medios de vida que el menguadísimo sueldo con que sostenía á la anciana. Los médicos aseguraron que la vida de aquella señora dependía de una operación arriesgadísima. Negóse Leopoldo á facilitar

los recursos necesarios, pretextando la inutilidad de aquel desembolso y la certeza de que, con y sin él, la enferma perecería. Lorenzo, entonces, bramando de desesperación, desapareció con el importe de unas letras... y llevó á Berlín á la infeliz señora. Allí dejó sus restos adorados, y sin volver á España, se embarcó.

SEBAST. ¿Y los Rubena...?

LUC. Conociéndole á fondo, prefirieron no denunciar... ¿Qué adelantaban con perseguirle insolvente? Inutilizarle para el trabajo, haciendo imposible que algún día... él mismo... espontáneamente...

SEBAST. Como así habrá sucedido: me atrevo á asegurarlo.

LUC. Así sucedió. Lorenzo tuvo la candidez de no exigir la destrucción de las pruebas... Pasaron algunos años; enviudó Rubena; y á la sazón en que Lorenzo regresaba de América con su reputación de hombre intachable y una regular fortuna, ansioso de realizar el prolongado ensueño de sus amores, antójasele al opulento viudo reincidir en el matrimonio, y elige como víctima á la misma prometida de Lorenzo.

SEBAST. Entonces (adivino lo ocurrido) intenta reducirla, amenazando con la denuncia...

LUC. Lorenzo, ansioso de amor, se casó, á pesar de todo; y entonces, aquel miserable entregó á los tribunales...

SEBAST. ¿Y los jueces...?

LUC. Sabedores de que Lorenzo tenía saldadas todas sus cuentas con Rubena; sabedores también de los motivos de denuncia tan extemporánea, le condenaron: se cumplió la ley.

SEBAST. ¿Y ésa fué la causa de la muerte prematura...?

LUC. No se sabe: misterios son de Dios y de la medicina. Lorenzo murió de una fiebre perniciosa.

SEBAST. ¿Después...?

LUC. Quedó la viuda embarazada. Leopoldo exigió las precauciones que autoriza el Código civil contra el posible fraude en estos casos; y del nacimiento de Pura fueron testigos las personas designadas por el insaciable hermano.

SEBAST. (Horrorizado.) No puede oirse con calma... Acabe usted.

LUC. ¿Se horroriza de que la única precaución que adopta, para prevenir el delito, nuestro derecho liberal, no va contra criminales sospechosos, sino contra el pudor de honradas esposas, y en los momentos en que el supremo sufrimiento renueva la vida, ahuyentando pensamientos de sordidez, que nunca menos que entonces caben en almas generosas?... Pues no es ésta sola la gran aberración...

SEBAST. Voy explicándome que Pura haya preferido la pobreza, la humillación... todos los males de la tierra, á la idea del matrimonio con el hijo de aquel hombre...

LUC. A punto estuvo de llegar al sacrificio; fué preciso que, con la muerte de su madre, cobrara la total independencia...

SEBAST. ¿Esa monstruosidad imponía su madre? Digna fué entonces de aquella afrenta.

ESCENA XI

Dichos, el MARQUÉS.

LUC. ¡Querido Marqués! ¡Qué sorpresa!

MARQ. Llegué hace un momento; y, como siempre, lo primero...

LUC. Viene usted á tiempo... ¡Ah! (reparando y presentando) Don Sebastián Torres, recién llegado de Buenos Aires... El Marqués de Morenta.

SEBAST. (Saludándose con el Marqués.) Tanto honor... Ya tenía noticias.

MARQ. (Reanudando.) Estaban ustedes...

LUC. Haciendo el proceso...

MARQ. ¿De algún criminal?

LUC. De nuestras leyes, de nuestros hombres de ley.

MARQ. Cristalizan el mundo que se va; ya vendrá otro.

SEBAST. (A Luciano.) Veo que considera usted muy oportuna la llegada...

LUC. Ciertamente: al Marqués le preocuparon siempre estos problemas.

MARQ. Si los legistas no tuviesen entre manos otros in-

tereses que el de «lo mío y lo tuyo», podríamos abandonarles el campo... Pero como el alma entra por mucho en los conflictos de la vida...

SEBAST. ¿Y cómo quería usted arreglar eso?

MARQ. La justicia no debiera estar en mano de abogados.

LUC. ¿Paradoja?

MARQ. ¡Verdad!: psicólogos; hombres de mundo, señalados por el zarpazo de la desgracia ó por el vuelo de las elevadas, de las audaces ideas; hombres que no hayan procurado cegar las fuentes del sentimiento, gran resorte de la vida, jugo del alma, que cuando rebosa brota por los ojos...; hombres que hayan gozado y sufrido... y llorado: he ahí la cantera de los jueces.

LUC. Cierto que con el simple recitado de textos legales...

MARQ. Ediciones vivientes del «Alcubilla»: eso son hoy los mejores.

LUC. Ni es posible otra cosa en este ambiente espiritual.

MARQ. Ustedes me darán la razón.

SEBAST. Ya se la anticipábamos.

MARQ ¡Ah! ¿Y los autos de ese proceso?

LUC. Usted los conoce; la historia de Pura.

MARQ. Triste historia... Me falta el epílogo.

LUC. Terrible, Marqués; ésa fué la ocasión...

MARQ. ¿Qué ha ocurrido?

LUC. Un desastre ese matrimonio. Ramón, un loco, alcoholizado, como sus abuelos... La maltrata...

MARQ. (Horrorizado.) ¿De hecho?

LUC. Sí.

MARQ. Lo previsto... ¡Esa Ignacia...! Y trataban ustedes..

LUC. El señor fué compañero de Lorenzo, el padre de Pura, en sus trabajos de Buenos Aires. Venía, conociendo su situación económica, pero no su matrimonio, dispuesto á...

MARQ. ¿Se casaría con Pura?

SEBAST. Con ello pagaba sagrada deuda de gratitud. Su padre fué quién, allá en América, me aupó para el primer paso, el más difícil... Después de aquel impulso, mi fortuna fué creciendo, al paso que se derrumbaba la de la infeliz descendiente de mi amigo.

MARQ. ¿Y qué se proponen ahora?

SEBAST. Nada..., convencidos de la inutilidad de todos nuestros planes... Porque la situación de Pura impide...

MARQ. Podríamos, entre todos, emanciparla... constituirle un capital... separarla de ese salvaje.

LUC. Ya verían ustedes cómo también las leyes eran el obstáculo.

MARQ. ¡Ah! ¡las leyes! ¡la sumisión de la mujer casada, cualesquiera que sean sus condiciones morales y las de su marido!... Ya me olvidaba...

SEBAST. Sería preciso entablar el divorcio.

LUC. Y, lo primero, contar con la voluntad de Pura, que... en eso de recibir socorros... (Al Marqués.) Ya la conoce usted.

MARQ. ¡Y hablarle de divorcio á tu mujer... á la curia eclesiástica!. . ¡Vaya un negocio!... Hay que pensar detenidamente...

LUC. Para ello ponía en antecedentes al amigo Torres.

MARQ. Sigan ustedes; voy á saludar á Ignacia.

LUC. Por allá dentro... (Sale el Marqués.)

ESCENA XII

SEBASTIÁN, LUCIANO.

SEBAST. Decía usted que la madre de Pura...

LUC. ¡Infeliz Lucrecia! Vió derrumbarse poco á poco la fortuna heredada. Víctima ahora de la lenidad de aquellas leyes que, en momentos terribles, se precavieron monstruosamente contra ella, y que, en cambio, no supieron asegurar el haber de la viuda desvalida contra el fraude de infames usureros...

SEBAST. Esos son los que disfrutan de libertad perfecta en este bendito régimen.

LUC. Vió la propia salvación y el porvenir de Pura en los amorosos requerimientos de su primo. Venció á la repugnancia... al odio tal vez; y antes de dejarla desamparada y en la miseria...

SEBAST. ¿Intentó casarla con el hijo del Vizconde?

LUC. (Signos de afirmación.) Probablemente como un sacrificio, aceptó Pura aquellas relaciones. Al morir su madre, rompió por completo; y falta de todo recurso, entró en esta casa en calidad de doncella.

SEBAST. ¿Tan grande fué la ruina?

LUC. Total, absoluta. Lucrecia no fué de esas mujeres que, sobreponiéndose á la femenina delicadeza, se consagran al negocio, bordeando los peligros... No vió, pues, otro recurso que el de confiar el manejo de sus caudales á la casa de comercio y banca de Ruigarcía, que operaba en la capital. Una quiebra, de hecho fraudulenta, legalmente fortuita, porque se cubrieron todos los expedientes, puso fin á los negocios de aquella casa. Salváronse los «vivos», los tramposos, los agiotistas, conocedores del mecanismo legal. La única víctima verdad fué la infeliz viuda, que procediera de buena fe... No hubo abogado que salvase un resto de su fortuna: abogados y jueces se atienen, en estos casos, á la verdad... oficial...

SEBAST. Que, por lo visto, es lo más distanciado, el polo opuesto, de la verdad... verdadera.

LUC. Allí pereció todo el caudal mobiliario de Lucrecia. Para salvar el resto, fué necesario sostener un pleito. Los curiales necesitaban fondos. Para reunirlos, vendió, con *pacto de retro*, la hermosa propiedad de «La Norina», que conservada, hubiera producido lo suficiente para vivir sin cuidados. Perdióse el pleito, no por falta de razón, sino por un descuido del abogado, por la omisión de una formalidad en el procedimiento: el mecanismo de nuestra justicia y el papel absolutamente pasivo de los jueces, así lo hace posible. Lucrecia no pudo rescatar la finca. Adquirióla el usurero por los cuatro ochavos anticipados; y realizó con ella un gran negocio, vendiéndola, por la mitad de su valor, al Vizconde, cuñado de la víctima.

SEBAST. (Agobiado de angustia.) ¿Falta algo?

LUC. Sí: la persecución de las leyes, que pesaron sobre el alma de Lucrecia como un destino implacable, no perdonó la hora de la muerte. La

única persona que la acompañara amorosamente en ese interminable camino de amarguras, fué nuestra buena amiga doña Carmen. Intentó Lucrecia nombrarla tutora de su hija; y el notario llamado para consignar esta única disposición testamentaria de la moribunda, amargó sus últimos momentos con la noticia de que la ley se opone á ese designio.

SEBAST. ¡La ley!... ¿Pues qué tiene que hacer la ley en este caso? O es que pretende saber más que la madre, en lo que toca...

LUC. La ley prohibe á la mujer ser tutora de menores, salvo en los casos en que es llamada por la ley misma ..

SEBAST. ¡Qué horrible tiranía!

LUC. Hubo, pues, que constituir la tutela con extraños, porque, excepto doña Carmen, todos lo eran, si no á la familia, á los afectos, al alma de Lucrecia y de su hija.

SEBAST. Razón tenía usted en anunciar al Marqués que estábamos haciendo el proceso de la ley y de sus hombres.

ESCENA XIII

Dichos, PURA.

PURA. (Entra agitada.) ¡Luciano... Luciano...! (Reparando en Sebastián.) Caballero...

LUC. (Presentando.) Don Sebastián Torres, gran amigo que fué de su padre de usted, compañero suyo en América.

SEBAST. (Dándole la mano.) Señora, acabo de conocer los detalles que ignoraba de su vida de usted... Estoy obligado, por sagrada deuda, con su padre. Es una suma, de la que su generoso corazón no quiso guardar resguardo; pero se trata de una cantidad exigible, que yo debo...

PURA. Bien, señor; perdóneme que asuntos para mí de mayor importancia... de más urgencia... En otra ocasión...

SEBAST. (Comprendiendo que estorba.) Siempre me tendrá á sus órdenes, señora. (Saluda y sale.)

ESCENA XIV

LUCIANO, PURA, al final PEPE.

PURA. Usted me debe toda la verdad... Los restos de mi fe se hundirían en el abismo de mi ruina si, en cualquier momento, supiese que usted me la negaba. Sospecho que no es cierto lo que ese caballero acaba de decir; que movido á compasión...; acaso un plan trazado por ustedes... ¿Es cierto...?

LUC. No faltará la verdad exigida en esas condiciones. Quiero que usted conserve su fe en mí... porque yo también la necesito. No hubo acuerdo entre los dos: fué una inspiración repentina de Sebastián.

PURA. De modo que tal deuda no existe.

LUC. No existe.

PURA. Basta. (Transición.) Su mujer de usted me ha llamado. Antes de verla, necesito...

LUC. Consecuente con su exigencia y mi propósito, le diré que eso es cierto sólo en parte. Quien verdaderamente la ha llamado ó hecho venir, es Pepe, su primo de usted. Ignacia sólo ha consentido...

PURA. ¡Pepe...! ¿está en esta casa?

LUC. Ha salido en busca de su hermana, por encargo de Ignacia, al saber que usted venía.

PURA. No traerá á Dolores; yo lo aseguro.

LUC. ¿Por qué?

PURA. Porque conozco... sospecho... los planes de mi primo. Tiempo hace que busca ocasión de hablarme.

LUC. (Sospechando.) ¿Cómo?

PURA. A solas... No ha podido conseguirlo...

LUC. Acaso su marido de usted...

PURA. No; yo misma... Pero hoy me hablará... Yo también lo deseo... Acabaremos de una vez.

LUC. (Alarmado.) ¡Pura..!

PURA. (Acudiendo á la sospecha de Luciano.) No; ¡si le odio!... ¡cada vez más! .. ¡Si personificaría en él todos los odios de su casta para aniquilarla de un golpe!

LUC. (Muy emocionado.) ¡Pura...! ¡Mártir! (Momentos de silencio: se hablan con los ojos.)

PURA. (Para dominar la emoción.) Y su mujer de usted... ¿qué me quiere?

LUC. (Lo mismo.) Idear el modo de poner remedio á sus desdichas.

PURA. ¡Ella!... ¡Ahora!

LUC. Ella... y todos...; yo... (Con vehemencia.)

PURA. (Mirándole, sin poder dominarse más, con inmensa ternura y amor.) ¡Luciano!

LUC. (Coincidiendo en el sentimiento y expresión de Pura.) ¡Pura...! (Se abrazan efusivamente y así permanecen unos instantes; Pura sollozando.)

PURA. (Separándose.) ¡Ya están remediadas...! (Momentos de silencio; luego entra Pepe.)

PEPE. ¡Ah! Pura... ya está aquí...

LUC. ¿Y tu hermana?

PEPE. No ha querido acompañarme.

PURA. Déjanos un momento, Luciano. (Sale Luciano.)

ESCENA XV

PURA, PEPE.

PURA. (Breve pausa, mirando á Pepe con desprecio.) Has mentido: tu hermana no se niega á venir.

PEPE. Bien, sí; mentí. . á Luciano... Á ti te digo la verdad: no la llamé.

PURA. Has hecho bien; no la necesitamos ahora: te esperaba...

PEPE. (Ilusionado, cariñoso, se acerca.) ¿Tú... á mí, Pura?

PURA. Quieto, atrás... (Imponiéndose con el gesto.) A ti...

PEPE. Ese rigor...

PURA. Acabemos en pocas palabras: ¿que me quieres?

PEPE. ¿Y que he de querer yo...? (Acercándose otra vez.)

PURA. Atrás, he dicho.

PEPE. (Pausa, mirándola receloso.) ¿Me tienes odio?

PURA. Sí; ¿lo quieres más claro?

PEPE. No... Ya noté que tuteabas á Luciano...

PURA. ¿Y quién me pide cuentas?

PEPE. Yo... enviado por tu marido.

PURA. ¡Por mi marido!

PEPE. ¿No fué él quién te mandó venir?

PURA. A mi nadie me manda. Vine por mi voluntad.

PEPE. Pero te ha dicho...

PURA. Ea, terminemos.

PEPE. (Pausa.) Has pronunciado la palabra: me odias... Llegó, pues, el momento de arrojar la careta... Quieres abreviar... abreviemos... Yo te adoro... (rectificándose.) no; ahora, no;... entre mi adoración y tu soberbia pusiste un muro infranqueable... Pero deseo tu cuerpo... porque lo soñé durante noches eternas; porque lo he visto en poder de otro;. . porque tu cuerpo se apoderó de mí...; y he de cobrar esa deuda.

PURA. (Arrogante y orgullosa, con desprecio.) No la cobrarás.

PEPE. Quieres verdad; quieres franqueza: toma... (como si le arrojara algo al rostro brutalmente.) Has descendido de la alcurnia que te corresponde. Pues yo te haré gustar las heces de los bajos fondos. Yo no podía dejarte bajar sola;... bajé tras de ti... Has despreciado al pariente, al igual...; pues tómame ahora encanallado; yo te obligaré á gustar de los amores del canalla.

PURA. Dicen que una mala mujer... querida de tu padre... depositaria de toda su confianza, presenció mi llegada al mundo de los vivos. El primer vagido de mi pecho infantil se le antojó rugido de una fiera... ¡Bah! ¡terrores de la imaginación en los momentos del crimen!... Hoy, un descendiente de aquel hombre que ultrajó á mi madre, por la codicia de una fortuna, que anhelaría tener centuplicada, para arrojársela al rostro con el salivazo de mi desprecio, se atreve á amenazar á la que ya rugía como una fiera en el instante de nacer...

PEPE. Pues á esa fiera le corté las garras... No tienes más defensa que tu marido... y tu marido...

PURA. Mi marido... ¿qué?

PEPE. Tu marido te desprecia... como tú desprecias á los demás. Tú le enseñaste á despreciar... Tu marido prueba contigo sus fuerzas, y te vence... sí, te vence; hay muchas formas de vencer; cada cual usa sus armas: la fiera, de sus garras; la zorra, de su astucia... Tu marido pidió inspiración á los infiernos para la suprema venganza... Soy su cómplice... Aquí me tienes...

PURA. ¡Me has comprado!

PEPE. Sí; ¡imagina ahora lo que vales para tu marido...!

PURA. Valgo... para mí misma... Mi marido ya no puede ofenderme; estoy muy alta.

PEPE. Eres mi prisionera... Los rugidos que asustaron á la mujer aquella no me asustan á mí.

PURA. Pues, atrévete... te desafío...

PEPE. ¡Confías en la defensa de Luciano!... Luciano no puede defenderte. Ignacia sospecha... El ha vivido siempre humillado á su mujer... Consintió tu matrimonio; no ha de exponerse ahora, por defenderte, á lo que no se expuso entonces por evitarlo.

PURA. Estoy en su casa.

PEPE Su casa, no; de Ignacia.

PURA. Y, con el pabellón de Ignacia,... tú...

PEPE. Ya ves; aquí he venido,... estamos solos...

PURA. Estamos, porque yo lo quise; porque yo lo he dispuesto, para abofetearte con mi desprecio;... para demostrarte que vive aún aquella fierecilla que rugía.

PEPE. (Con sarcasmo burlón.) ¿Y nada mas?

PURA. Para maldecir en ti á aquel hombre miserable que te comunicó su espíritu.

PEPE. También es hija suya mi hermana,... y la quieres entrañablemente.

PURA. No puedes arrancarme la ilusión de que sea posible... posible siquiera... que tenga otro padre.

PEPE. ¿Te atreves á ofender á mi madre?

PURA. No; si la ofensa... la ignominia es haberte concebido á ti... Tú, sí;... tú eres hijo de Leopoldo.

PEPE. ¡A mi padre insultas, en mi presencia!... Recuerda qué oportuna fué la muerte para el tuyo.

PURA. ¡Aaah! miserable... rufián...! Los que asesinan y roban á la sombra de leyes impías... esos están asegurados;... esos transmiten en paz á su infame descendencia los despojos de las víctimas... ¡Canalla! .. ¡hijo del verdugo!... arrodíllate, si quieres evocar la sombra de mi padre,... fantasma que habrá espantado al sueño muchas noches en tu casa maldecida.

PEPE. Tú has venido para maldecir, y yo para arrojar sobre esa maldición la inmensa carcajada de mi rugiente deseo... Llegó la hora... (Trata de abalan-

zarse á Pura. Ella huye y se parapeta tras de un sillón. Pepe insiste, y desde el otro lado la agarra por los brazos é intenta aproximar el rostro para besarla.)

PURA. (Gritando.) ¡Luciano!... ¡Luciano!... (Despréndese de las manos de Pepe, corre y abre la puerta, desde donde vuelve á gritar.) ¡Luciano!...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, LUCIANO por la izquierda, el MARQUÉS é IGNACIA por la derecha.

IGNAC. ¿Qué es esto?... ¿Qué escándalo en mi casa?...
PURA. (Á Luciano.) Me ha ultrajado.
LUC. ¡Qué!... ¡qué dices!... (Á Pepe.) ¿Qué dice Pura?
PEPE. Yo no doy cuenta más que á su marido.
LUC. ¡A mí! ¡miserable!... Atrévete en mi presencia...
IGNAC. ¡Cómo!... ¡tú!... ¡más que su marido!
LUC. ¡Yo... más que su marido!
IGNAC. ¡Oh, Marqués!... ¿y ahora?...
MARQ. ¡Calma... calma!... Ignacia... Luciano...
IGNAC. Que salga de mi casa esa mujer.
PURA. Usted me ha llamado. (Á Ignacia.)
IGNAC. Pues, ahora... la arrojo... Salga usted. (Pura mira á Luciano.)
LUC. Y yo... con ella... (Pura y Luciano salen juntos. Ignacia, el Marqués y Pepe les contemplan asombrados.)

TELÓN

ACTO CUARTO

Sala en casa de Carmen.

ESCENA I

ASUNCIÓN, FERMÍN, el MARQUÉS.

MARQ. ¿Aquí, en casa de Carmen?

FERMÍN. Aquí se ha refugiado la infeliz esta mañana.

ASUNC. Carmen la recibió como á una hija.

MARQ. No podía menos: ¿iba á dejarla desamparada... expuesta á la venganza de su marido?

FERMÍN. Su marido no tiene derecho... Por dinero la entregó, como Judas. ¿A quién iba á quejarse ahora?

ASUNC. La Providencia deparó á la infeliz un protector audaz contra aquella infamia. Luciano arriesgó por ella...

MARQ. Lo que yo... lo que cualquier alma bien nacida hubiera arriesgado. ¿Era posible dejarla en medio del arroyo, entre la criminal resolución de su primo y el repugnante abandono de su marido?

ASUNC. El amor hizo el resto.

MARQ. ¿Qué?...

FERMÍN. Juntos, en la finca del Sotillo, pasaron la noche... Encontraron su nido... provisional, como las aves de paso.

MARQ. Y el amor los redime... Ni el espíritu más suspicaz podrá reprochar... en esas circunstancias.

ASUNC. Ciertamente: la misma vida, con su bagaje de horrores, condujo á los amantes á su destino.

MARQ. Imposible que un hombre y una mujer, empuja-

dos el uno hacia el otro por intensa atracción y por la paridad de su desgracia, hayan resistido, como Luciano y Pura...

ASUNC. Huyendo hasta de confesarse á sí propios.

MARQ. Interponiendo entre ellos todos los respetos á la conciencia tradicional...

FERMÍN. ¡Marqués; que va á ser preciso llamarle al orden!

MARQ. (Á Asunción sin atender á Fermín.) Humillados ante una ley contra la que protestaban en su intimidad.

FERMÍN. ¡Marqués, Marqués; que estoy presente!

MARQ. Ya lo había notado, querido Fermín.

ASUNC. (Sin hacer caso á Fermín.) Y renunciando á la suprema dicha...

FERMÍN. (Reproche enfático.) ¡Eh! ¡Cómo es eso, señora mía!

MARQ. (Á Asunción, sin oir á Fermín.) Al inocente consuelo de comunicarse sus afectos.

ASUNC. Pero estaba escrito... y por tan desconocidos caminos llegó la hora...

MARQ. Y Carmen... ¿sabe...?

ASUNC. Nada. La vió llegar desfallecida y le abrió su casa, sin más explicación. Ignoraba la escena de ayer en casa de Ignacia.

ESCENA II

Dichos, el CANÓNIGO.

CANÓN. ¿Qué esto, señores?... ¿Qué me han contado?... (Reparando en el Marqués y saludándole.) ¡Oh! Marqués, ¿usted por aquí?

MARQ. Ayer he llegado.

CANÓN. ¡Qué oportuno! ¿Y de dónde, ahora?

MARQ. De París.

ASUNC. Ya traerá usted que contarnos.

MARQ. He presenciado un espectáculo grandioso... consolador...

CANÓN. ¿Ha presenciado usted?...

MARQ. La última elección presidencial: el contagio eléctrico que produce en aquellas muchedumbres el bullir de las ideas.

CANÓN. Nuestro pueblo sabe también luchar por ideales.

MARQ. ¡Nuestro pueblo!... ¡Qué dolor!... No reconozco

su entidad: es una masa amorfa, que nada quiere... que nada impone... que va donde le llevan.

CANÓN. ¿Y sus entusiasmos... sus aclamaciones?

MARQ. Aclama... por aclamar... á todo lo que brilla; se deja conducir... En sus manifestaciones colectivas sólo persigue lo que tienen de espectáculo; y de los discursos, oye sólo... la música.

FERMÍN. Somos víctimas de nuestra verbolatría: rendimos culto al orador, sólo por serlo.

MARQ. Y, á propósito: en las últimas del distrito, ¿qué pasó? No me he enterado.

FERMÍN. Nuestro prohombre, don Fulgencio, retiróse á descansar.

MARQ. ¡Descansar!

FERMÍN Dejó el distrito á su hijo Enrique. Triunfó el joven Herrera.

MARQ. ¡Triunfó!... ¿De qué?

FERMÍN. Triunfó sin dificultades... Y á su nieto Tomasito Limpias le proporcionó don Fulgencio el distrito rural de Cerines, amañándose con el cacique de la provincia.

CANÓN. Y ahora se afana en buscar para su otro nieto Ricardito, primer retoño de Consuelo, la menor de sus hijas.

MARQ. Está visto: se hereda por estirpes, sin distinción de sexos y con perfecta igualdad para cada rama.

FERMÍN. Conforme al Código civil.

ASUNC. Tomás y Ricardo son dos primitos deliciosos.

CANÓN. Rivalizan en calcetines: traen locos á los horteras de «La Estrella Fúlgida».

ASUNC. Y se ensayan en los torneos oratorios del «Club de los Espirituales».

MARQ. ¡Vaya, vaya con don Fulgencio y su prole!

FERMÍN. Su retirada de la política no significa, sin embargo, que reuncie á seguir proporcionándonos días de gloria... Ahora le hicieron académico.

MARQ. ¡¡¡Académico!!! (El gesto del actor revelará estupefaciente asombro.)

FERMÍN. Ya ve usted... fué Ministro.

MARQ. Pero, ¡si tendrá que hacer un discurso!...

CANÓN. Sí, el de recepción. Ya está hecho.

MARQ. ¡Hecho!...

CANÓN. Ya lo mandó sacar en limpio... Eso sí, con una letra hermosa.

ASUNC. Se lo hizo Rodríguez.

MARQ. ¿Ese joven que hace tanto tiempo lucha por darse á conocer, sin conseguirlo?

ASUNC. El mismo.

FERMÍN. Que se haga político; y si llega, por lo menos, á director general, en seguida le estrenan esas comedias...

MARQ. ¿Y versa el discursito, versa...?

CANÓN. Sobre... cualquier cosa...: los orígenes de la lengua.

MARQ. ¿De la que habla don Fulgencio?... Sería curioso...

CANÓN. Por ahí se dijo que el sabio Merediz Pintado estuvo á punto de devolver su medalla...

ASUNC. Pero le aplacaron al fin... ¡Ha visto tantas cosas!

CANÓN. A todo vamos haciéndonos... por grados.

MARQ. Querido canónigo, ¿y qué dice la Iglesia á todo eso?

CANÓN. Que bueno va... mientras tengamos paz...

MARQ. ¡Paz! ¡paz!... Felices ustedes, que tan fácilmente la conquistan.

CANÓN. Pues usted no lleva muchas cicatrices.

ASUNC. No se ven todas, amigo don Rosendo.

FERMÍN. Este Marqués es peligroso cuando regresa de algún viaje.

MARQ. Por allá se aprende...

FERMÍN. Es implacable; le van á tomar odio.

MARQ. Conozco el riesgo... Costumbres españolas... meridionales.

CANÓN. Aquí todos nos consideramos perfectos. La crítica social nada tiene que hacer entre nosotros.

MARQ. Así progresamos.

CANÓN. Nada; que no salimos del vado difícil.

MARQ. ¡Ah! ya nos olvidábamos de nuestro pleito. Este canónigo nos contagia con su santa pachorra.

ESCENA III

Dichos, DOÑA EULALIA.

EULAL. ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Qué desgracia!... Eso faltaba.

ASUNC. Nada de desgracia, señora.

EULAL. Pero Asunción... ¡qué dice!

CANÓN. ¡Las leyes, la moral ultrajadas!... ¡Escándalo!... ¡personas distinguidas!...

ASUNC. Esto facilitará la solución.

FERMÍN. ¿Divorcio?

ASUNC. Divorcio, ó lo que sea; libertad... Para Luciano fué muy oportuno este rasgo de independencia.

FERMÍN. Y para los dos, ¡qué diablo!... un día...; eso, un día.

CANÓN. (Festivo.) Este don Fermín...

FERMÍN. Soy el que administra la pimienta; sin mí, estaría esto muy soso.

EULAL. Pero esa hija... esa hija... ¡qué ejemplo!

CANÓN, ¿Cuándo pensará volver?

MARQ. Ahora mismo, tal vez, (saca el reloj y mira la hora) en el tren que llega á las doce. Su tía Luz anunció que la acompañaría.

EULAL. Si ella estuviese aquí, se hubiera evitado...

ASUNC. Cierto; pero yo creo en la Providencia...

CANÓN. (Reconvención cariñosa.) ¡Asunción, que nos deslizamos!...

ASUNC. (Tapándose la boca.) ¡Ay! perdón, señor canónigo.

EULAL. ¿Y qué hacemos ahora?

MARQ. Luciano, por mi consejo, volver á su cátedra. ¡Si no le hubiéramos sacado nunca!

CANÓN. ¿Cómo habrá podido abandonarla? ¡Con aquella vocación... aquellas brillantes oposiciones!...

MARQ. Eso nada significa, querido don Rosendo; un examen más, una tortura inútil, un recitado... Luciano vale, á pesar de todo eso.

CANÓN. Convenido: razón de más para mi pregunta.

MARQ. Debilidad de carácter; tonterías; locura de Ignacia, que por nada del mundo cambiaría el papel que hizo siempre en este pueblo.

FERMÍN. Hablando anoche de este caso, en la tertulia de la botica, el novel diputadín Tomasito, dijo que se proponía estudiar á fondo la cuestión del divorcio.

MARQ. ¿Ya nos amenaza con algún proyectito de ley?

CANÓN. Es la receta que aplican ahora á todas las calamidades públicas: huelgas, rigores del temporal, conflictos de la miseria, analfabetismo, crímenes del género modernista: todo se cura con proyectos de ley... Pero los males no desaparecen.

ASUNC. ¡Qué monada de Tomasito! ¡Y con qué gallardía

hace el amor á Nievitas Salces desde que le dieron el acta!

MARQ. Como él, se pasean por aquellas calles de Madrid una colección de niños: hijos, sobrinos... y hasta yernos de personajes, robando corazones.

FERMÍN. Los hay que valen.

MARQ. No lo dudo; pero á esos les perjudica el parentesco, porque pueden confundirlos... Esos tienen nombre propio.

FERMÍN. ¡Implacable, implacable!

MARQ. Todos exhiben el último figurín; flirtean con la señora de algún amigo... También viste mucho.

EULAL. ¡Jesús! ¡Qué cosas dice!

MARQ. No se alarme, doña Eulalia; no se trata más que de vestir... Y luego, ¡tan seriecitos, tan estirados, con la gravedad que comunica la representación de un distrito, el peso de un cargo público!...

FERMÍN. Como las carreras se hacen por antigüedad, conviene empezar muy joven.

MARQ. Sí, para que cuando nos salga la muela del juicio tengamos hechas muchas tonterías.

ASUNC. Todos son méritos.

CANÓN. Contando por los años. es verdad.

ASUNC. Hay que dejar á los chicos desarrollarse.

MARQ. Amar... vivir...

ASUNC. Pero, estamos arreglando el mundo... y nosotros...

CANÓN. Calma, calma; todo se andará...

ASUNC. Esa Carmen... ¿dónde estará metida? ¿No le habrán dicho?... (Hace sonar un timbre.)

FERMÍN. Como ha venido Pura, estará confesándola.

CRIADA. (Desde la puerta.) ¿Llaman los señores?

ASUNC. ¿Y la señora de casa?
EULAL. ¿Y Doña Carmen? } (Simultáneamente á la criada.)

CRIADA. Ha salido á la Estación; creo que á esperar á la señorita Conchita. ¿Mandan algo los señores?

ASUNC. Nada, nada. (Vase la criada.) ¿Y qué hacemos?

CANÓN. Carmen fué más previsora. Más falta hacemos allá. ¡Pobre niña! Hay que prepararla.

FERMÍN. Sí, sí; vamos; luego volveremos.

EULAL. Y también á Ignacia... saber lo que piensa... lo que dice... es preciso...

CANÓN. (Mientras van saliendo.) Don Fermín: usted, conmigo; no sea que... (Salen todos menos el Marqués y Asunción que quedan rezagados.)

ESCENA IV

MARQUÉS, ASUNCIÓN, luego la CRIADA.

MARQ. Yo quisiera ver antes á Luciano... No sabe uno...
ASUNC. Aquí vendrá; me lo ha anunciado; por eso yo quedaba...
MARQ. Estamos desorientados.
ASUNC. No puede tardar, porque hemos convenido en coincidir aquí á esta hora. (Hace sonar el timbre.)
MARQ. ¿Qué se propone?
ASUNC. Ni él mismo lo sabe; tal vez huir con Pura; acaso despedirse de ella.
MARQ. ¡Qué conflicto! Lo primero no podemos consentirlo. (Asoma la criada.)
ASUNC. (Á la criada.) El señorito Luciano ¿no ha venido por aquí?
CRIADA. Ha llegado en este momento: habla en el pasillo con los señores que salían.
ASUNC. Bien, bien; introdúzcale usted aquí. (Sale la criada.)
MARQ. ¡Pobre Luciano! ¡Ojalá no le cueste muy cara esa hora de amor!
ASUNC. Ha vivido, siquiera.

ESCENA V

Dichos, LUCIANO.

LUC. ¡Oh! queridos!... Veo que acuden todos... ¿Dónde está Carmen?
ASUNC. No tardará... ¿A qué vienes?
LUC. Ni lo sé yo mismo: necesito hablar á Pura.
MARQ. ¡En qué conflicto nos habéis puesto!
ASUNC. La hablarás; pero el buen juicio se impone, Luciano; ya no somos unos niños.

LUC. El buen juicio, sí; lo difícil es saber qué nos ordena el buen juicio.

ASUNC. ¡Olvidadizo! La misma vida te lo dirá... ¿No sabes quién llega hoy en el tren... ahora mismo?

LUC. ¡Concha, sí!... (Muy emocionado. Abraza á Asunción y al Marqués, quedando en medio de ambos: todos de frente al espectador.) ¡Oh, mis mejores, mis únicos amigos, sostén de mi vida que zozobra!... Presentes, solícitos, á mi lado os encuentro, como siempre, al despertar de este sueño, en que soñé... vivir. Ayudadme ahora, en los primeros pasos que me toca dar, sin haber despertado del todo... ¡Es tan amarga la hiel del mundo!...

ASUNC. ¡Conchita... tu hija! ..

LUC. ¡Ah! Conchita, no; ésa está fuera de ese mundo... amargo. Traédmela... llevadme á ella... Sin ella, renuncio al paraíso.

MARQ. ¿La habías olvidado?

LUC. ¡No; lo juro!... Cerca de esa mujer,... cerca de Pura estuve... porque es digna de Conchita. Mi hija fué engendrada de un amor digno también de Pura.

ASUNC. (Llorando.) ¡Margarita!

LUC. ¡Sí, Margarita... muerta... rediviva... el único amor!...

MARQ. Las borrascas de la vida no le destruyen. Si nació fuerte, si nació fecundo, él sabrá engendrar almas; no importa dónde... Tú llevabas ese amor.

(Pausa larga. Asunción acaba de secarse las lágrimas.)

ASUNC. Dí, Luciano: ¿cómo aquel sentimiento sin nombre, mezcla de admiración y de respeto, jirón de niebla espiritual, alma de ensueño... pudo traeros...?

LUC. ¡La vida... los hechos!... ¡algo misterioso que nos acercaba, envolviéndonos como en una atmósfera de amor!

MARQ. Vamos en busca de tu hija.

LUC. De mi hija, sí.... (El Marqués y Asunción abrazan á Luciano y salen.)

ESCENA VI

LUCIANO, luego PURA.

LUC. (Momentos de silencio, sentado en un sillón, meditabundo; luego se levanta y va hacia la puerta.) ¡Pura... Pura!...

PURA. (Apareciendo.) Ya venía. Me han anunciado tu llegada. (Su rostro se ilumina con expresión de intenso amor.)

LUC. ¡Y esperabas que me dejaran!...

PURA. ¡Resta tan poco!... Tengo avaricia de los instantes que pasan. (Anudándole los brazos al cuello.)

LUC. ¿Y Carmen...?

PURA. A la Estación; á preparar á Conchita...

LUC. ¿Crees tú que van á separarnos?

PURA. (Con desaliento.) Sí.

LUC. ¿No te parece, como anoche, oir el canto del ruiseñor?

PURA. ¡Ah! ¡El pájaro divino; el amigo de todos los amantes! (Con tristeza.) No; es la alondra, esposo mío...

LUC. Sí; ya nos llaman á despertar...

PURA. ¿No te hablaron de Conchita?

LUC. ¡Ah! Sí, sí... ¡Concha... mi Concha!... Tuya también, dímelo.

PURA. Ya te lo he dicho antes. ¿No ves que yo te la recuerdo?

LUC. Pero ¿es Conchita la que nos despierta?

PURA. Sí; para seguir amándonos.

LUC. (Con ansia.) ¿Dónde... dónde?

PURA. En el vado... ¿no te acuerdas?

LUC. (Con tristeza.) ¡Ah, sí, el vado difícil!... el que ahora nos separa.

PURA. Volvamos, pues, al vado... si tú lo quieres.

LUC. ¿Y si yo no quisiera?

PURA. ¡Ah! entonces no; contigo para siempre.

LUC. Huyamos, amada mía.

PURA. (Pausa vacilante.) ¿Y tu hija?...

LUC. (Con angustia.) ¡Ah! sí... mi hija (Como implorando.) ¡Concha!

PURA. Hay que escalar la cumbre.

LUC. Estamos en el Thabor.

PURA. Hay que subir más alto.

LUC. La cumbre... eres tú.

PURA. Bien; (Pausa, luego resolución.) pues yo lo dispongo: al vado, al vado!

LUC. Al vado!... Ya somos fuertes.. hemos vivido... y si morimos...

PURA. ¡Ya no importa!: llevamos el recuerdo de una hora.

LUC. ¡La hora del amor!... reservada á pocos.

PURA. ¡El recuerdo... eterno... la fortaleza... el alma!...

LUC. ¡Alma mía! ¡A vivir en el dejo de esta vida... á luchar... á traspasar el vado!

PURA. Y á pedir á Dios que nuestro recuerdo se haga carne... y alma.

LUC. (Con exaltación, besándola efusivamente.) ¡Oh! Pura, Pura; repítelo!... vuelve á poner en tus labios esa idea divina... para que yo la bese en ellos... ¡Que sea inmortal... eterno... el fruto de nuestra hora!... (Besándola más.) Transmítele mi alma.

PURA. Tu alma va en mí, acariciándome con caricia fecunda... Ella será carne y será sangre... será luz y será vida.

LUC. (Con tristeza.) ¿Y no he de verla?

PURA. ¡Quién sabe lo que nos reserva el destino á la otra orilla del vado! (Se oyen pasos.)

LUC. ¡Ah! ya vienen; ¿oyes?

PURA. Si; es el canto de la alondra.

ESCENA VII

Dichos, FERMÍN.

FERMÍN. ¡Eh! Cómo aprovecha el tiempo la parejita... ¿No ha amanecido todavía...?

LUC. Sí; ya tocan á diana, querido Fermín.

PURA. (Jovial.) ¡Y cómo es usted tan madrugador!...

FERMÍN. A la realidad, queridos, á la prosa. Los poetas se burlan de nosotros, los curiales;... pero, tarde ó temprano, todos tienen que hocicar.

LUC. ¿Ha llegado Conchita?

FERMÍN. Si; viene bien acompañada: Carmen, Asunción, el Marqués, tu hermana.

LUC. ¿Sabe... ya?

FERMÍN. Todo... ¿y cómo no?... Ahora, á casita, en compañía de todos. Haremos con toda solemnidad el oficio de introductores... Pura se queda aquí hasta que resolvamos...

LUC. Pura pedirá el divorcio; y provisionalmente el depósito en esta casa. Usted se encargará de todo eso.

FERMÍN. Divorcio... divorcio... ¡qué facilmente se dice!

LUC. Y se hace. Pura no vuelve á la casa de aquel hombre.

FERMÍN. He aquí las consecuencias... (Á Pura.) Si se hubiera guiado por mi mujer... No me explico cómo pudo.

LUC. ¡Sugestiones del ambiente!: nos acostumbramos á mirar el matrimonio como un acomodo, una colocación... quizá un negocio... muchas veces un recurso en situaciones extremas... todo menos lo que es.

PURA. Y esa idea influye... llega á dominar, sin saber cómo, hasta á los que se hallan más distanciados de sus motivos vulgares.

LUC. Para las almas del rebaño, eso no tiene importancia... se atemperan á todo... Pero las otras...

PURA. Yo anhelaba demostrar al mundo que mi intención de bajar, de humillarme, de ponerme en el nivel social de mi fortuna...

FERMÍN. Bueno, su *déclassement* de usted...

PURA. No era una ficción... un gesto, á fin de aparecer más interesante en mi desgracia.

FERMÍN. Ya lo había demostrado, poniéndose á servir.

PURA. Quería trabajar... trabajar siempre... ganarme el sustento. Estaba satisfecha con haber abrazado esa vida; y... ¡qué sé yo! hasta mi espíritu, rebelde á los convencionalismos usuales, me la hacía concebir como más perfecta... por lo menos, más adecuada á mi ser.

FERMÍN. Aun así...

PURA. Estaba contenta de no haber heredado... ilusionada... casi orgullosa, con la idea de labrar mi personalidad entera por mí misma.

FERMÍN. Todo era posible...

PURA. El matrimonio se me ofreció entonces, hasta la obsesión, como el supremo recurso para sellar aquel proyecto de vida. Parecíame que, mientras permaneciese soltera, la tentación de la clase resurgiría bajo mil formas..., que hasta podría llevarme á la bajeza de aceptar... ¡oh! no, no, Dios mío!... En fin, sin darme cuenta... sin saber... estos pensamientos... me llevaron...

FERMÍN. Y ahora... lo inevitable...

PURA. En todo había pensado menos en el deber de entregar mi cuerpo al hombre á quien no amaba... ¿Inocencia?... ¿candor?... ¿estupidez? No lo sé.. ¡Horrible despertar en los brazos de ese deber odioso!... ¡Horrible la lucha!... ¡Horrible la vida, mirada desde allí!... No una, mil muertes afrontaría... Yo no me quejé de ese hombre... Dicen que está en su derecho... Tal vez... Pero yo he de defenderme con el último jirón de mi carne desgarrada... Para poseerme, será preciso que me mate...

FERMÍN. Habrá que tomar en serio eso del divorcio. Por de pronto, usted no sale de aquí. (Á Luciano.) Respecto á ti, ya es otra cosa; á tu casa, hijo mío.

LUC. A mi casa, no; yo no tengo casa. A mi cátedra.

FERMÍN. ¿Y tu hija?

LUC. Mi hija... es mi hija: seguirá á su padre.

FERMÍN. No puede ser, amigo mío. Como de ayer á hoy todo resultó tan arregladito á vuestro gusto, ahora todo lo demás os parece liso y llano. Concha es hija tuya; pero también es hija de su madre. ¿Crees tan fácil desatar ese nudo?

LUC. Ella fué siempre dócil á mis consejos, á mis enseñanzas.

FERMÍN. Nunca has tratado de arrancarla...

LUC. Nunca llegó el caso... Hay momentos supremos en la vida.

FERMÍN. Ciertamente; y éste es uno... Porque no se trata sólo de eso. Hombre de honor, hombre de responsabilidad moral has sido siempre. La ley ordena que los esposos vivan juntos; la moral, todos los principios, los fundamentos del orden...

LUC. Aunque á mí me redujesen esas razones, aún faltaría que Ignacia...

FERMÍN. Ignacia es creyente... religiosa... Si no me obe-

dece á mí, cuando le hable en nombre de la ley, obedecerá al cura.. Quizá á estas horas estará ya persuadida... (Entra el canónigo y oye esto.)

ESCENA VIII

Dichos, el CANÓNIGO, al final CONCHA.

CANÓN. Lo está; y más aún, humillada... Reconoce...

FERMÍN. Entraremos, como si nada hubiera pasado; y no se hablará más del asunto.

LUC. No; ¡si no me avergüenza!; yo no rehuso...

CANÓN. Por Pura...

PURA. (Con entereza.) ¡Ah! yo tampoco...

CANÓN. (Cariñoso y con acento persuasivo á los dos.) Bien, hijos míos. El abogado os habrá hablado ya en nombre de la ley, de los grandes principios sociales, que habéis puesto en entredicho... A mí me toca hablaros, en nombre de Dios, de vuestra conciencia. Evitad el escándalo; reconoced que sois culpables, que habéis faltado... llevados por las circunstancias... por mil motivos... por un sentimiento... noble... y hasta honrado, en el fondo. Ya veis que no os recrimino... que os disculpo... que lo conozco... todo. Pero también os suplico que no tengáis orgullo, el orgullo de creer que no habéis pecado... El orgullo mata, impide la gracia... la resurrección del alma...

LUC. Don Rosendo, agradecemos en cuanto valen sus generosas exhortaciones. No nos mostraremos rebeldes. Pero perdónenos que no podamos... que no pueda yo, al menos, obedecerle en todo. Nos separaremos, sí; estaba decidido; pero yo no vuelvo á la casa de Ignacia.

CANÓN. Tu casa es.

LUC. Bien sabe usted que no... ¿Le parecen poco diez y ocho años de humillación? Sin escándalo, sin ruido, sin dar siquiera importancia, como una cosa muy natural, una exigencia de mi carrera...: me vuelvo á mi cátedra.

CANÓN. ¿Y tu hija?

LUC. Me la llevo.
CANÓN. Imposible.
LUC. Ella lo dirá.
CONCH. (Dentro.) Yo sola, yo sola. Esperen ustedes.
CANÓN. Pues que lo diga; ya está ahí.
LUC. Pero ya lo oyen ustedes: ella sola. (Entra Concha.)
CANÓN. (Al salir con Fermín, á Concha que entra.) Convéncele, preciosa... llévale.

ESCENA ÚLTIMA

LUCIANO, PURA, CONCHA.

CONCH. ¡Padre, padre!.., (Le abraza sollozando; momentos de silencio.) ¡Pura!... (La besa en la frente.)
LUC. ¡Hija mía!
PURA. ¡Conchita!
(Simultáneamente. Siguen momentos de silencio.)
CONCH. Tu hijita lo tiene arreglado todo .. He visto á mamá... ¡pobre mamá!... ¿verdad que la queremos?
LUC. Queriendo tú, hija mía...
CONCH. ¿Y quién lo duda?... ¡Si vieras!... ¡Ha llorado!
PURA. Vuelve allá, Luciano; Concha lo manda.
CONCH. (Á Pura.) Y tú también, ¿verdad?
PURA. (Pausa, afirmando al mismo tiempo con la cabeza.) Yo también.
LUC. No, Conchita; tengo deberes abandonados... mi cátedra... todo.
CONCH. No es reparo; mamá se marcha también contigo, con nosotros. (Luciano y Pura se miran asombrados.)
LUC. ¿Y no maldice...? (Señalando á Pura.)
CONCH. No; no maldice... reconoce... confiesa...
LUC. Rasgos sentimentales de su inconstancia... No es el primero. Pero el carácter se impone... vence.
PURA. No importa. Vete á donde te lleva tu hija. No pienses en otra cosa.
LUC. ¡Con mi hija, sí, mi hija!... El abogado y el canónigo se anticiparon; y rehusé... Pero ahora... no puedo.
PURA. No puedes.
LUC. ¡Contigo, sí, Conchita! Tú no eres un principio,

ni una ley, ni un interés, ni un dogma; tú eres carne y alma... y vida; vida de mi vida... contigo!...

CONCH. (Á Pura.) Tú, Pura, al deber, cualquiera que sea el camino.

LUC. ¡Adiós, Pura!

PURA. ¡Adiós, Luciano! (Se dan la mano. Emoción. Pausa.)

CONCH. ¡Adiós, Pura... hermana!... (La besa.)

PURA. ¡Adiós!... (Salen lentamente Luciano y Concha. Aquél vuelve la vista alguna vez. Pura queda mirando al sitio por donde salieron y se deja caer sentada en un sillón. Momentos de silencio.)

TELÓN LENTO

FIN DE LA COMEDIA